



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A ustedes,
donde encuentra morada el nosotros*

ÍNDICE

EN EL PRETIL: A MODO DE INTRODUCCIÓN	4
I BREVIARIO EN LA CONCEPCIÓN Y VIVENCIA DE LA AMISTAD	6
ANEXO 1	20
ANEXO 2	21
II EL ESTUDIO DE LA AMISTAD	22
AL ANDAR, ANDAR: EL ENSAYO COMO MÉTODO	33
III FORMAS DE LA AMISTAD	42
1. La ruptura	44
2. La conversación	47
3. La política	51
4. La gratitud	55
5. El amor	56
6. La soledad	60
7. La voluntad	61
8. El perdón	63
EL SENTIDO DE LA AMISTAD	66
ANEXO 3	69
IV LA PROMESA DE LA AMISTAD	70
REFERENCIAS	72
BIBLIOGRAFÍA	75

EN EL PRETIL: A MODO DE INTRODUCCIÓN

Bastaron ocho años y algunos naufragios para concluir la tesis que hoy presento ante ustedes. Tiempo de maduración en mi escritura y en las formas en que habito la amistad; condiciones indispensables para transmitir su sentido mediante la encarnación de palabras que correspondan a su realidad, al estar íntimamente entrelazadas con sus múltiples significados en el devenir de su trascendencia.

Así, mi escritura responde a la imposibilidad de ser un árbol. Me explico: portadores del misterio que da hogar a la vida, los árboles tienen un lenguaje propio. En el universo lingüístico de Tolkien (2012), por ejemplo, el habla de los *Ents* o guardianes de los bosques de la *Tierra Media* se describe como una lengua de *largo aliento, sonora, acumulativa* y un tanto *repetitiva*. Quizá lo suficiente para dar cuenta de un ritmo particularmente lento, donde aquello que no merezca ser dicho cese su intención de pronunciarse. En este sentido, al escribir sobre las *formas de la amistad*, sólo busco la cercanía con un árbol: la precisión de su verticalidad; el ritmo sonoro del viento al pasar entre sus hojas-palabras y que lo alguna vez escrito sea sombra bajo el sol en el desierto de los días.

En el camino de *arborecer*, me encontré con el ensayo y la poesía: métodos universales de aproximación al conocimiento del mundo que nutrieron mi andar por la psicología social y me han alejado del dogmatismo académico. No hay objetividad ni mandamientos inquebrantables al escribir sobre las *formas de la amistad*. Existe, en cambio, profundidad en el sentido de las palabras que dan cuenta de su vivencia y un sinnúmero de preguntas e inquietudes personales que permiten la movilidad de un tema inagotable.

La tesis que sustenta mi título de licenciatura en psicología, consiste en cuatro estancias. A saber, en el **primer capítulo** se hace un breve recorrido teórico de la concepción y vivencia de la amistad. Mediante el diálogo entre diversos pensadores, se dibuja una flecha de la historia presente de la amistad, cuya dirección en la marea del camino será guiada por un viento siempre a favor, pese

a las trampas del destino. En un **segundo capítulo** la inquietud de su abordaje permitirá posicionarnos en la psicología colectiva, (des)disciplina que estudia el diálogo entre la sociedad y sus sentimientos. Instalados en su particular juego de palabras, se escribirá de la amistad; en el andar del ensayo literario se hallará un método de conocimiento que priorice la necesidad de comunicación entre la realidad y el escritor, de tal suerte que este escrito está sentenciado a completarse sólo a partir de su lectura y escucha. Al iniciar el **tercer capítulo**, habremos llegado al corazón de la tesis. Para entonces sabremos de la imposibilidad de encerrar a la amistad en las palabras. Todo cuanto de ella se escriba será insuficiente. Sin embargo, optaremos por la vía negativa para aproximarnos a su conocimiento: en ocho puntos de inflexión se devela que la espiral es la estructura que mejor se adapta al movimiento y a la temporalidad de la amistad. En la espiral convergen sus límites, aparecen sus gestos, trasciende su presencia y habita la posibilidad de profundizar en su experiencia. Para finalizar, la brevedad del **cuarto capítulo** representa la promesa de un futuro para la amistad cuyo sentido es la responsabilidad de una estancia siempre en compañía. En el pretil del camino, sírvase de este ensayo sólo como un pretexto para embellecer el resultado de ocho largos años de reflexión y escritura sobre un tema que atraviesa a su autor:

¿Cómo se arma un libro?
Igual que un barco,
le respondí a mi nieta
requiere de muchas travesías
de algún naufragio
toca puertos seguros
una tempestad de tanto en tanto
marineros solidarios
paciencia inquebrantable
no separar la realidad del espejismo
el monstruo marino de las aves
las islas del continente
saber que nada es similar
creaturas diversas y hermanas
mucho plegaria por equipaje
y al timón la providencia

(Seligson, E., 2017, p. 11)

BREVIARIO EN LA CONCEPCIÓN Y VIVENCIA DE LA AMISTAD

*El amor engendró al mundo;
la amistad lo hará renacer.*

Friedrich Hölderlin

A veces, la amistad toma la forma de un abrazo; reconforta en la oscuridad de los días y su luz es incandescente en la alegría de la vida. Es precisamente en el *Libro de los Abrazos*, de **Eduardo Galeano** (2009), donde el escritor uruguayo expone algunos de los modos del lenguaje para referirse a la personificación misma de la amistad: *mi tierra*, en la Habana; *pana y llave*, en Caracas. Múltiples serán los enunciados y pronombres que empleará el lenguaje para nombrar a quien representa lo que de acuerdo a **Aristóteles** es

« (...) la cosa más necesaria en la vida. Más no sólo es la amistad algo necesario, sino algo hermoso» (Aristóteles, 1973, p. 102).

Sin embargo, antes de iniciar con este breve recorrido en el que se expondrán algunas de las ideas, principalmente filosóficas, que han girado en torno a la concepción y vivencia de la amistad a través del tiempo, cabe aclarar para los fines de este trabajo, que la línea temporal a seguir en éste no será del todo recta, ya que si bien esta senda puede recorrerse siguiendo un orden temporal consecutivo que corresponda a las obras de los autores aquí planteados (ver Anexo 1, p. 15), se propone cambiar dicha temporalidad cronológica con el propósito de avanzar y regresar libremente por los pasos y las palabras escritas, para pensar y repensar a la amistad en correspondencia a su propia temporalidad, dando lugar a la creación de una línea histórico-temporal cuya estructura en espiral (ver Anexo 2, p. 16) nos permita hallar algunos puntos de convergencia conceptual, necesarios para el entendimiento global y orgánico de sus múltiples formas. De este modo, pensar en una línea de tiempo cuya organización espacial

sea una espiral, nos permite imaginar cierto movimiento y ritmo en ella, tal como lo afirma Susanne Langer al hablar de la ornamentación en el arte:

«Una espiral es una línea que avanza, pero lo que realmente parece crecer es un espacio, el área bidimensional que define» (Langer, S., 1967, p. 65).

Un espacio cuya apertura habrá de llenarse, entre otras cosas, con palabras: símbolos y significantes que en su articulación dotarán de estructura y sentido a la amistad y a su presencia en la sociedad actual. Estas palabras, además, darán cuenta de su devenir en el pensamiento de la humanidad.

Cualquiera que sea su estructura, recta o en forma de caracol, el camino debe iniciar en algún punto. **Friedrich Nietzsche**, por ejemplo, reconoce a los griegos como pioneros en el estudio y en el entendimiento de la amistad como virtud y problema digno de solución en la cultura occidental. Es a través de la oratoria y la retórica que los grandes pensadores clásicos hicieron uso del término *philia* en sus reflexiones para referirse a dicho vínculo. Por ejemplo, en la *Ética Nicomaquea*, Aristóteles nos explica la cercanía de la ética y de la amistad con la benevolencia. La bondad en acto, la igualdad de condiciones y el espíritu de comunidad, harán de los amigos la máxima expresión de unión en la *philia*, es decir en la amistad perfecta.

Desde entonces, como ideal o como práctica, la amistad se ha ido formando inmersa en un contexto histórico determinante para su concepción y vivencia; sea en su plenitud o en el padecer de su escasa presencia. Será justo la ausencia de admiración por la amistad causa de lamento en el también filósofo alemán **Arthur Schopenhauer**, quien dudará de la existencia de ella a partir de la presencia de las gesticulaciones y exteriorizaciones, es decir de la simple apariencia del acto social, que lejos de personificarla sólo lograrán imitarla vanamente. Estas gesticulaciones superficiales, mencionadas por Schopenhauer, son claramente visibles en algunas de las relaciones políticas y sociales contemporáneas. Sin embargo, éstas sólo representan un punto en el espectro real de la amistad, que sin duda analizaremos más adelante.

No obstante, en el presente trabajo, nuestro punto de fuga será el extremo de la amistad, contrapunto que se asemeja considerablemente al ideal virtuoso de esta relación, pues basta recordar que lo mismo logra verse en la oscuridad total que en la enceguedora iluminación absoluta. La idea de que los extremos se tocan, con respecto a la amistad, es explícita en las reflexiones del mismo Nietzsche en su obra *Así habló Zaratustra*, cuando se afirma que es en la relación con el amigo donde debemos encontrar la mejor oportunidad para representar el papel del enemigo:

«Si se quiere tener un amigo hay que querer también hacer la guerra por él: y para hacer la guerra hay que poder ser enemigo. En nuestro amigo debemos tener nuestro mejor enemigo. Con tu corazón debes estarle máximamente cercano cuando le opones resistencia» (Nietzsche, F., 2019, p. 52).

En este sentido, la enemistad no debe ser comprendida como la ausencia de amistad sino como su contraparte, como un punto de referencia opuesto a su ideal y por lo tanto, esencial para su completa vivencia. Ambas, amistad y enemistad, son parte de la misma situación, de modo que uno no es amigo o enemigo sino a partir de la estrecha relación con alguien, por lo que dicho vínculo es integrado por ambos extremos de la forma. La cercanía, y su consecuente vulnerabilidad, serán el punto crucial entre una y otra. Pensamiento que coincide con la propuesta integradora de **Empédocles** al afirmar que la combinación de distintas fuerzas cósmicas da lugar a la multiplicidad de seres en el mundo físico, o con el pensamiento de **Heráclito** para quien la armonía del universo radica en la coexistencia de los contrarios pues sólo así se entiende el movimiento y el devenir del pensamiento y la vida.

En efecto, concebir la unidad a partir de la multiplicidad de sus diferencias es más que una contradicción lógica. Su entendimiento va más allá de las explicaciones a partir de un racionalismo limitado. Por el contrario, su comprensión se acerca más a la sabiduría y al misterio que la poesía nos ofrece. Al respecto, escribe la filósofa Simone Weil:

El que se encuentra separado de mí es también una mirada desde la que aparecen todas las cosas. El vínculo entre el otro y yo nunca puede ser como el vínculo entre el ciego y su bastón, ni tampoco a la inversa, por eso la esclavitud es contraria a la naturaleza y a la razón (Weil, S., 2020, p. 41).

En la amistad y en la enemistad, la otredad se hace presente en un constante deambular entre lo conocido y lo desconocido. Si bien la otredad no es exclusiva del exterior, es en la relación con el otro donde se hace presente la demanda de su reconocimiento. El amigo o el enemigo es irreductible a lo que yo pueda conocer o ignorar sobre su ser. La obra del filósofo **Emmanuel Levinas** será importante para reflexionar sobre el ineludible compromiso ante la presencia de un otro. En este sentido, tanto en la enemistad como en la amistad, estará siempre latente la posibilidad de la sorpresa frente a lo que ingenuamente afirmamos conocer en su totalidad, bajo el espejismo de la cercanía y la convivencia cotidiana. La sorpresa aparecerá en el binomio enemistad-amistad y se mantendrá hasta su culminación, creando tensión y movimiento. De este modo, no es extraño que **Elredo de Rieval** considere a la fidelidad el alimento y la custodia de la estabilidad en la amistad. En efecto, en honor a la verdad, uno es tan fiel al trato y a las atenciones con sus amigos como para con sus enemigos.

En los bosques de la **cosmología maya**, por ejemplo, existen dos árboles: el *chacá* y el *chechén*. Antes *Kinich* y *Tizic*, los ahora árboles fueron en otros tiempos guerreros mayas, enfrentados en una batalla por el amor de *Nicte Há*. Tras la tragedia que llevo a ambos hermanos a su muerte, y ante las suplicas para ver de nuevo a su amada, los dioses les permitieron regresar del inframundo y fueron condenados a vivir eternamente enraizados entre sí. La savia del árbol *chechén* es malsana al contacto con la piel humana; en su lugar, en el árbol *chacá* se encuentra el antídoto para el dolor de la herida causada por el veneno de su hermano. Uno siempre cerca del otro, sus raíces y sus ramas son símbolos de la vida y la muerte. Símbolos del vínculo entre los opuestos.

Esta relación dialéctica, amistad-enemistad, que facilita el constante movimiento del vínculo afectivo, favorece la necesaria existencia y convivencia de ambos

polos, dando pie a su capacidad creadora y transformadora. Incluso, será a partir de la enemistad marcada por la desobediencia de Adán y Eva para con Dios, narrada en el libro del *Génesis* del **Antiguo Testamento**, que se dará origen a la historia de la humanidad a las afueras del Paraíso, tal como también lo menciona Rüdiger Safranski en su libro *El mal o el drama de la libertad*:

«La historia comienza, por tanto, cuando se pierde lo mejor. A la humanidad no le queda más remedio que ennoblecer el trabajo y la generación. Tiene que emprender la huida a la civilización» (Safranski, R., 2010, p. 28).

El destierro del paraíso o la vivencia del infierno de la guerra, pueden representar un quiebre en la humanidad cuyo estruendo es un escenario de prueba para la capacidad creadora de la amistad. **Hannah Arendt** congeniaba con el pensamiento del escritor, igualmente alemán, **Gotthold Ephraim Lessing**, quien consideraba a la amistad como el fenómeno principal en el que la humanidad se pone a prueba a sí misma. El contexto bélico e inhumano que Arendt vivió, hizo que pensara a la amistad como un gesto de solidaridad y lealtad, entendida desde el lugar de la inocencia de los desdichados y miserables que la Segunda Guerra Mundial dejaba a su paso, pensamiento que coincide con las reflexiones del estoico **Séneca** para quien la comunidad de bienes espirituales, a los cuales es perteneciente la amistad, debe vivirse desde la pobreza pues, regresando a Hannah Arendt, los tiempos mejores y de abundancia material sólo favorecerán la fugacidad de la amistad, así como la adulación acompañada del interés utilitario en lugar de la honestidad y la confianza. Y es que, entre otras cosas, el eje motor de la amistad debe ser la honestidad, gesto máximo de la dignidad humana que nos hará recordar que no somos los únicos participantes en el juego de la vida y que en consecuencia su práctica constante nos permitirá establecer un punto de unión en cualquier contexto, incluso en aquellos momentos inhumanos de la humanidad. Sin honestidad, toda relación, vínculo y sentimiento posible, estará inmerso en lo ruin y en lo perverso de la crueldad y de la mezquindad.

Esta mezquindad en las relaciones amistosas, es objeto de crítica en la edad moderna por el filósofo francés **Claude-Adrien Helvétius**, quien considera que la

necesidad es la medida reguladora de este sentimiento, limitando su existencia a su vana satisfacción. Del mismo modo, en la época de la República Romana, **Marco Tulio Cicerón** cuestionaba con severidad a la doctrina epicúrea por utilizar a la amistad como una simple herramienta para la obtención del placer que proporciona la felicidad de su experiencia y no como una necesidad natural guiada por un amor completamente desinteresado. En efecto, **Epicuro**, considerado un pensador importante dentro de la filosofía hedonista y fundador de *El Jardín* –escuela ubicada a las orillas de la ciudad de Atenas y cuyas puertas estaban abiertas para todo aquel que quisiera aprender, sin importar edad o condición social–, piensa en la amistad como máximo bien que la sabiduría nos proporciona para la obtención de la felicidad y, aunque sea causa de placer para quienes en ella habitan, reconoce en su práctica un bien deseable por sí mismo que tiende hacia la conformación de una comunidad en donde la justicia, el trato amable y la vivencia del placer sensato y controlado sean indispensables para la construcción de una cosmópolis regida por ella. Al respecto de Epicuro y su pensamiento sobre esta práctica social civilizada, **Patricia Corres Ayala** nos escribe:

« (...) él vislumbra el camino del conocimiento de los propios límites, y el del ejercicio de la amistad como la forma de practicar la verdadera filosofía, que no consiste en principios abstractos e inaccesibles sino más bien en acciones cotidianas llenas de libertad y justicia. Se trata de gobernarse a sí mismo, no de gobernar, y de lograr un estado de imperturbabilidad ante un mundo social sumamente perturbado» (Corres Ayala, P., 2011, p. 84).

En la misma línea de pensamiento, **Tomás de Aquino**, describe a la amistad como una disposición permanente del alma, inclinada al bien y a la justicia. Por tal motivo, debía ser considerada un pilar del ser humano en sociedad, indispensable para el entendimiento de la convivencia entre seres de virtud.

Pocas cosas eran tan cotidianas entre los hombres, durante la época clásica, como la actividad política. Es nuevamente Cicerón quien percibe a la amistad, por su íntima relación con la justicia y la reciprocidad, como la más política de las virtudes. Valdrá entonces reflexionar al respecto de lo que implica que la amistad

sea considerada la mayor de las virtudes en el pensamiento clásico y si esta forma de pensamiento se mantiene congruente en el ejercicio actual de la amistad dentro del terreno de la política. En este sentido, es **Sócrates**, a través de la escritura de **Platón**, el primero en hacer referencia al término *philia* para nombrar a la comunidad de personas que están unidas por un lazo afectivo distinto al consanguíneo, a saber, un vínculo que en aquella época bien puede entenderse como político. Dicha comunidad deberá ser fuerza motora para alcanzar la idea clásica del *Bien*, lo que implicará seguir el camino de la sabiduría y la belleza. La amistad será, para Platón, una virtud que nos guiará al bien máximo, es decir al bien común.

Si entendemos entonces a la virtud como una capacidad que impulsa nuestras acciones hacia la justicia, hacia la concordia o bien hacia la armonía social, será entendible que la sabiduría sea la condición primera para que la amistad sea posible y logre mantenerse constante en su realización cotidiana. Entonces, según lo anterior, la amistad –y en consecuencia la actividad política– no puede ser experimentada por quienes se encuentren alejados de la sabiduría pues, la amistad perfecta, de acuerdo a la filosofía de Aristóteles, es la de los hombres y mujeres de bien y semejantes en virtud.

En este mismo sendero, Séneca afirma que la amistad, presente en la sociedad política, debe diferenciarse de lo que se considera una virtud concebida por sabios y aquello que viven los que alejados de la sabiduría dicen experimentar, pues en estas últimas condiciones será muy fácil rodearse de amistades utilitarias, cuyo fin sea exclusivamente el egoísta placer personal, haciendo referencia a la tipología de la amistad marcada por Aristóteles.

En definitiva, hoy día, la honestidad, la justicia e incluso la reciprocidad son marcadas por las ambiciones y los vicios del poder político y económico. Sin embargo, encasillar la visión política de la amistad sólo en los tratados de amistad *perpetua* que existen entre las naciones del mundo –como el que se celebra entre México y Estados Unidos de América desde el año de 1848–, sería dejar injustamente de lado a las múltiples formas en las que las relaciones políticas

ciertamente sin muros ni jerarquías, y por lo tanto amistosas, se vislumbran en el horizonte, muy alejadas de la tinta y del papel de los estériles tratados de paz de la *Organización de las Naciones Unidas*; de las magníficas pero no magnánimas edificaciones arquitectónicas dedicadas al resguardo de los acuerdos amistosos entre países y de las relaciones diplomáticas entre bandas presidenciales y no entre personas. Pensar la amistad política sólo en estos términos reduciría su espectro de aparición, permanencia y vital trascendencia, dado que las condiciones sociales, políticas y económicas actuales no son del todo idóneas para su desarrollo y reconocimiento, tal como lo advierten en algunos de sus escritos y reflexiones Friedrich Nietzsche, Emmanuel Kant, Hannah Arendt, Hans-Georg Gadamer, entre otros pensadores.

Así mismo, **David Hume** niega que los afectos benevolentes, como la amistad, surjan a partir de sentimientos egoístas. Hume afirma que, si bien el tiempo en el que vivimos favorece la valoración de estos últimos sobre los primeros, esto no debe significar la desaparición de los sentimientos nobles en las reflexiones y en las prácticas del género humano:

«Los razonadores superficiales, ciertamente, al observar las muchas falsedades y disimulos que tienen lugar entre el género humano, y no sintiendo, quizá, una sujeción muy fuerte en su propia disposición, pueden sacar una conclusión general precipitada: que todo está igualmente corrompido, y que los hombres no admiten grados de bondad o maldad, sino que siempre son las mismas criaturas bajo disfraces y apariencias diferentes» (Hume, D. en Arenas-Dolz, F., 2014, p. 89).

Con esto, Hume pone sobre la mesa un modo distinto de entender la conexión afectiva de la amistad, a la que se debe aproximar por medio de la experiencia sensible y no sólo mediante el uso del intelecto. Hablar de la nobleza del ser y del reconocimiento del uno con el otro debe sonar muy incongruente si uno fija su atención en la indiferencia, en el tedio, en la violencia normalizada y en la crueldad con la que cada uno de nosotros nos enfrentamos día a día en nuestras distintas cotidianidades, sin embargo, esto no debe ser razón suficiente para sacar

conclusiones apresuradas que presagien la extinción de la amistad dentro del tejido social ya que, aunque extraña, su presencia y trascendencia se mantienen vigentes y en resistencia. Al respecto, Hans-Georg Gadamer recuerda la expresión en la que Kant, para expresar la rareza de la amistad en el mundo, compara la existencia de un amigo con la de un ave poco común entre su especie:

«Un amigo verdadero es tan raro como un cisne negro» (Kant, E., en Gadamer H., 2002, p.77).

No obstante, debido a su insistente presencia en el tiempo, es que Nietzsche, en *Humano demasiado humano*, invita a quienes se dedican al ejercicio de la ciencia y la academia a prestar mayor atención en aquellos pequeños pero trascendentes gestos de la benevolencia humana, como la amistad:

«Entre las cosas pequeñas, pero infinitamente frecuentes y, por ello, eficaces, a las cuales la ciencia debe consagrar mayor atención que a las grandes cosas raras, es necesario contar la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de disposición amistosa en las relaciones, a esa sonrisa de la mirada, a esos apretones de manos, a ese buen humor, de que por lo general casi todos los actos humanos están rodeados. (...) La cordialidad, la afabilidad, la política del corazón, son derivaciones resultantes del instinto altruista, y han contribuido más a la civilización que aquellas otras manifestaciones más famosas del mismo instinto, que se llaman simpatía, misericordia y sacrificio» (Nietzsche, F., 2017, p. 443).

Sugerencia o exhortación bastante sensata y necesaria para una sección de la psicología social actual, a quien parece habersele olvidado el buen gusto de su estudio por la sencillez de los actos cotidianos, a la vez que se empeña en parecerse más a una institución y a su exceso de sofisticación, con todo y sus abrumadoras oficinas; y menos a un estilo de vida, con todo y su buen estilo al andar.

Pero, regresando a la concepción de la amistad, queda claro que sólo a través de repensar el ejercicio de la reciprocidad y la justicia social, es que se puede

plantear la trascendencia de la mezquina “amistad política” a una amistad cuya práctica se oriente al acto social compartido, producto del acuerdo de voluntades y realidades entre pares, es decir bajo un mismo horizonte simbólico o, mejor dicho, dentro de una realidad acompañada. Resulta menester, entonces, la igualdad entre los amigos para el establecimiento de este acuerdo, tal como lo plantearon Aristóteles y Cicerón. Sin embargo, en nuestros múltiples contextos presentes, esta igualdad debiera ser entendida como equidad que, al tiempo que plantee ciertas condiciones por igual también impida el desdibujamiento de las diferencias, propias de los actores de la amistad, permitiendo así la existencia de una multiplicidad en la unidad, manifestación nada sencilla de analizar.

De esta forma, la igualdad de condiciones, gustos, virtudes o aficiones quizá sólo sea elemental en los primeros acercamientos de la experiencia amistosa; la constancia en el trato y la lógica de la amistad permitirán que cada encuentro sea una oportunidad para revivir esta justicia, bastante desigual, por cierto. En este sentido, la vivencia desproporcionada de la justicia en la amistad nos lleva a repensar a la misma reciprocidad pues, aunque es claro que ésta debe acompañar a la amistad, por respeto a la diferencia en la unidad, jamás deberá ser nombrada. La amistad, aunque se fundamente en un acuerdo, logra su trascendencia gracias a la diferencia que complementa su forma y no a la similitud que poco le aporta, tal como lo refiere **Emmanuel Kant**:

«Es más bien la diversidad la que constituye la amistad, completando en uno aquello de lo que carece el otro, y, sin embargo, tienen que coincidir en un aspecto: han de poseer idénticos principios del entendimiento de la moralidad, para que puedan entenderse plenamente» (Kant, E., en Arenas-Dolz, F., 2014, pp. 103-104).

Entonces, es la amistad un punto de encuentro, resultado de una lucha constante de polaridades, de un choque creativo de extremos que, aunque tienda a la homogenización, será imprescindible que no caiga en el vicio político de la hegemonización que, por ejemplo, peligrosamente plantea **Michel de Montaigne**,

cuando describe la amistad que sostiene con La Boétie como una alianza indivisible:

«En la amistad de la que yo hablo, las almas se enlazan, se confunden la una con la otra en una mezcla tan universal que no hay manera de reconocer la costura que las une» (De Montaigne, M., 2014, p.15).

Entre amigos o amigas, ciertamente, hay algo en medio cuya forma en sí es la de la amistad. No obstante, pensar a la amistad como una comunión absoluta implicaría que esta forma sea la de un círculo, cuyo hermetismo impida el reconocimiento de lo diferente. La amistad, en cambio, consiste en amar la alteridad a través del arte de la conversación en donde la alternancia entre sonido y silencio signifique el espacio idóneo para concederse recíprocamente el ser diferentes, por ejemplo, a través de la escucha atenta, según el hermeneuta alemán **George Gadamer**. Un amigo o una amiga, será entonces alguien con quien nuestra alma puede desahogarse a través de la palabra, pero también a través del silencio. El silencio es crucial en la amistad: es por vía de la pronunciación de la palabra que Nietzsche verá traicionado este sentimiento, quizá porque es el silencio el que permite que aún en la absoluta intimidad espiritual permanezca el secreto como práctica reguladora de la diferencia.

Georg Simmel, habla precisamente de la amistad en tanto vínculo de intimidad a través de su relación con el secreto como forma de imponer una distancia necesaria que le deje respirar y no le asfixie con la desbordante cercanía:

«Las relaciones de carácter íntimo, cuyo vector formal es la proximidad física y psicológica, pierden el encanto e incluso el contenido de lo íntimo, si la proximidad no incluye también distancias y pausas. El saber mutuo, que determina positivamente las relaciones sociales, no es la única condición de las mismas, sino que estas relaciones presuponen igualmente algo de no-saber, una cantidad de mutuo disimulo que naturalmente puede ser infinitamente variable en su proporción» (Simmel, G., 2010, pp. 39-40).

La línea entre la presencia y la ausencia, así como entre el sonido y el silencio, es tenue en la amistad y resulta fácil perder su control y regulación, ocasionando quizá el quiebre de la relación de manera temporal o definitiva. Es Schopenhauer quien advierte que el sentimiento de la amistad puede desgastarse si la distancia y la ausencia se agudizan, sin embargo, en contraposición a lo dicho, **Jacques Derrida**, siguiendo el rastro del pensamiento de Nietzsche, afirma poéticamente que esta línea no existe como tal pues la amistad es precisamente guardada por la ausencia de sonido y que aunque la amistad sea propia de este silencio, consonará melodiosamente gracias a que los amigos saben callar juntos en la espera, o mejor dicho, que la amistad es un ejemplo de espera acompañada por la presencia de un gran *quizá*.

Este *quizá* que plantea Derrida en su libro *Políticas de la amistad*, representa en la amistad una apuesta al futuro desde un ideal preconcebido. Si los amigos no existen en el presente, la amistad despersonalizada existe y no dejará de existir en el flujo de todos los días, en múltiples y variadas formas: canciones, nombres de calles, poemas, conversaciones, abrazos, sonrisas, pequeños actos de gentileza, recuerdos y un amplio etcétera se transforman en una promesa de futuro para la amistad pues, aunque no siempre está presente, la amistad tiene la capacidad creativa de abrirse al porvenir a través de este *quizá*, tal como lo plantea Derrida a continuación:

«Para amar la amistad no basta con saber llevar al otro en el duelo, hay que amar el porvenir. Y no hay categoría más justa para el porvenir que la del *quizá*. Tal pensamiento conjuga la amistad, el porvenir y el quizá para abrirse a la venida de lo que viene» (Derrida, J., 1998, p. 263).

La apuesta, como ya se mencionó, implica sostenerse en un ideal de virtud cultural que consiste, para Kant, en la filantropía humana, es decir en acciones varias que emerjan a partir de la bondad del corazón humano y que a su vez estén destinadas al beneficio del mismo corazón humano. Aunque es precisamente Kant quien ve difícil que dicha idea se concrete, Arendt, en su deshumanizante contexto histórico, concordará con el pensamiento clásico de Aristóteles al pensar que, a

través del discurso, ésta y otras virtudes pueden enseñarse y reaprenderse con la claro propósito de humanizar todo aquello que nos rodea. En el mismo sentido de humanización, como proyecto esperanzador de vida, Patricia Corres Ayala escribe:

«La amistad es una mirada que va más allá de la simple apariencia, incluso la transforma a nuestra percepción, porque capta valores de la otra persona, que nos llevan a tener experiencias humanas más plenas y a ser mejores seres humanos» (Corres Ayala, P., 2016, p. 92).

Porque la amistad entre las personas, nos dirá también Tomás de Aquino, será posible gracias al encuentro con Dios, modelo y promesa del amor benevolente o amistoso; pensamiento que coincide con la filosofía de **Simone Weil** para quien la amistad es el arte del buen amor, reflejo del amor divino. Es en este encuentro, que la amistad representa la posibilidad real de amar y de acceder al bien común, superando el deseo y la concupiscencia, fijándose directamente en el bienestar de una persona con recíproca capacidad y dignidad de ser amada.

En este sentido, el escritor francés **Michel Tournier** hace una crítica a la exaltación injusta que la pasión del amor recibe frente al vínculo amistoso. El ensayista afirma la superioridad del amor amistoso a causa de su cercanía con la dignidad afectiva de las virtudes del alma, gracias a lo cual la amistad tendrá siempre a su favor la fortaleza del tiempo. La amistad posee un fuego cuyo calor no será desalentado por el transcurrir del tiempo, escribirá también **Salvador Novo**. A este respecto, es interesante encontrar a través de la expresión poética del **pensamiento prehispánico** que la amistad es considerada un regalo a la humanidad en nombre de los dioses, materializado en *lluvia de flores preciosas* y motivo de sobra para alegrar el corazón de hombres y mujeres *cual blanca flor fragante*.

¿Es entonces la amistad una promesa de humanidad? En todo caso, sea la amistad una flecha en la historia presente de la humanidad, cuya dirección en la marea del destino esté guiada por un viento siempre a favor:

«Mi querido amigo, ¿qué es toda nuestra vida? Un barco que navega en el mar, ¡pues cualquiera sabe con certeza que un día zozobraré! ¡Qué se nos permita continuar nuestro viaje –cada uno en atención al otro, *durante mucho tiempo aún*, durante mucho tiempo! ¡Deberíamos así echarnos bastante de menos! Mares en calma tolerables y buenos vientos y sobre todo sol –he aquí lo que deseo para mí mismo. Yo lo deseo para ti también, y siento que mi gratitud sólo encuentre expresión en tal *deseo* y no tenga influencia alguna sobre el viento o el tiempo. 14 de noviembre de 1881» (Nietzsche, 2001, p. 270).

Pensar la amistad y escribir sobre ella, es darle vida a través de las palabras que pretenden develar su presencia en la vida de la sociedad. ¿Cómo hacerlo?, nos llevará algunas páginas más. El camino hacia las *Formas de la Amistad* ha iniciado.

ANEXO 1



ANEXO 2

- Tomás de Aquino
- Weil
- Cosmovisión prehispánica

- Levinas
- Nietzsche
- Derrida
- Corres Ayala

Presencia de lo divino

Alteridad

Humanidad

- Corres Ayala
- Nietzsche
- Arendt

Amor

- De Aquino
- Tournier
- Novo

Unión

- Montaigne

Palabra-Silencio

- Simmel
- Gadamer
- Derrida

Acuerdo de voluntades

- Aristóteles
- Epicuro
- Cicerón

Solidaridad-Lealtad

- Arendt
- Lessing

Placer

- Epicuro
- Cicerón

Amistad como virtud

- Sócrates
- Platón
- Aristóteles
- Epicuro
- Séneca
- Elredo de Rieval
- Kant
- Hume
- Tomás de Aquino

Amistad política

- Platón
- Aristóteles
- Epicuro
- Cicerón
- Séneca
- Derrida
- Patricia Corres

Mezquindad en la Amistad

- Cicerón
- Helvétius
- Schopenhauer
- Weil
- Séneca

Fertilidad de la Amistad

- Séneca
- Hanna Arendt

Amistad-Enemistad

- Nietzsche
- Empédocles
- Heráclito
- Antiguo Testamento
- Emmanuel Levinas

II

EL ESTUDIO DE LA AMISTAD

Quede en pregunta la pregunta

Ramón Xirau

¿En qué momento podemos afirmar el inicio de una amistad?

A decir verdad, no es necesario saberlo con exactitud. Esta pregunta y su posible no-respuesta está relacionada con el estudio de la amistad en el presente trabajo, con la manera en que se aborda la situación social de la amistad y con la metodología empleada para comprender las *formas de la amistad*, inmersas en una cultura más inclinada a la sensibilidad y calidez del andar cotidiano que al distanciamiento y a la frialdad de la obstinación científicista.

¿Bastará, entonces, con intuir su existencia para mostrar la valía de su presencia en la cultura de todos los días? Sí, al menos en un inicio. De la intuición, como saber poético, Dolores Casto nos dice:

«La poesía es indispensable. Si mediante la reflexión la ciencia brinda seguridades, mediante la intuición y la sensibilidad, la poesía da conciencia sobre lo que se está expresando y sobre lo que significa ser hombre: alguien que piensa y siente. (...) El poeta escribe sus experiencias, que son sensaciones y pensar iluminado; está cantando el destino humano, su forma de enfrentarlo brinda caminos a la inteligencia y a la sensibilidad para seguir siendo personas, no máquinas, animales o pared» (Bernárdez, M., 2015, pp. 28-29).

De este modo, al admitir la intuición como un destello germinador de conocimiento, se busca seguir el rastro de una tradición de pensamiento que acepte la comprensión de aquello que se encuentra en lo más profundo de nuestro ser. Un saber que sea entendido como forma de vida, capaz de ampliar nuestro

horizonte a través de un lenguaje que estructure la comprensión de una realidad y que a su vez sea capaz de embellecer la vida misma. Sobre este método, Mariana Bernárdez escribe en su tesis doctoral:

Se busca describir la experiencia como forma activa-actuante del conocimiento o como saber que penetra el corazón y crea un *puesto para el hombre en el cosmos* ofreciéndole la visión del orden al que pertenece. Se trata de un saber de experiencia que al transformarse, transforma al individuo (Bernárdez, M., 2004, p. 30).

Si todo saber de experiencia está destinado a dialogar con nuestras entrañas, puede afirmarse aventuradamente que el encuentro de toda amistad ocurrirá en la sorpresa, es decir que es fruto de aquello que es inherente al espacio y tiempo de la situación y por lo tanto inesperado para sus habitantes. En tanto que la amistad es un espacio habitable, ocurre que cuando uno menos lo percibe ya se encuentra inmerso en sus maneras de ser y en sus modos de comportarse. Una vez dentro, nos queda asumirnos en una realidad rítmica que habrá de trascender del estado mercenario al sentimiento filantrópico a través de la conversación, el intercambio de sonrisas y abrazos para ofrecer aliento y, en una digna y honesta complicidad, con la vida para caminar codo a codo.

En la amistad no hay cabida para la objetividad, ni para vivirla ni para escribir sobre ella. Esto responde a la compenetración tan característica de los sentimientos que envuelven a la amistad, mismos que impiden el mecanismo de una técnica tan eficaz para la ingeniería, no así para la afectividad de la cultura sentimental. Si resulta así de claro, entonces, ¿por qué tendría que abordarse su estudio de manera objetiva, si lo que se pretende escribir sobre ella es más apegado a un arte de vivir que a un conocimiento cuyo funcionamiento es rigurosamente sistemático? En efecto, a la comprensión de la realidad amistosa poco le significan las investigaciones empiristas, cuya aplicación de *instrumentos* para su posterior análisis, contabilidad y organización jerárquica de las respuestas emitidas por cierta población, sólo conllevará a redactar una lista de ingredientes

para elaborar una receta de cocina, que además no se tiene la mínima intención de cocinar.

Escribir sobre la amistad, instalados en este tipo de estrechez de pensamiento es equiparable, por ejemplo, a pensar el sentido de nuestra existencia a partir de los actos realizados exclusivamente en beneficio de la producción, la eficiencia y el consumo desmedido y desenfrenado de mercancías. Dado que la mecanización y la idea de eficiencia no sólo permanecieron en el ámbito de la economía y la industria como útiles herramientas de desarrollo, sino que además permearon en la sociedad para convertirse en una estructura de pensamiento capaz de encapsular el tiempo y entenderlo como una mercancía; actividades como pasar el tiempo con los amigos, leer un libro sentado en la banqueta, extraviarse con la mirada, beber un café al medio día por el gusto de hacerlo o enamorarse por enésima vez, se convirtieron en obstinaciones de la cultura del ocio que ahora forman parte de aquello que la incultura de la productividad llama “perder el tiempo”. Sin embargo, felizmente, en la resistencia cotidiana, uno trascurre tiempo con los amigos, lee un libro sentado a las afueras de una biblioteca, hecha a andar su mirada sin rumbo definido, bebe café –con o sin azúcar– y sigue enamorándose tantas veces como le sea posible; todo esto porque el ocio hace caminar a esta sociedad, por absurdo que parezca, mucho antes de creernos que la idea de productividad y eficiencia es lo único que nos hace avanzar. Y si es así es porque, entre otras cosas, este tipo de hábitos *inútiles* sólo tienen sentido para sí mismos, son auténticos para el nosotros colectivo y están palpitando en lo más profundo de la sociedad: su vida cotidiana.

Lo cotidiano, invisible pero respirable, es el terreno en el cual la amistad encontrará su sentido con mayor amplitud de panorama, es el espacio en el que se desarrollarán libremente sus más diversas formas y, en consecuencia, el plano desde el cual se posiciona este trabajo escrito. Ahora bien, caminar en el espacio de la «*epistemología ingenua*» (2011, p. 47), forma en la que María de la Luz Javiedes Romero nombra al espacio de la cotidianidad, implica asumirse en un horizonte de realidad desde el cual se enmarcará la comprensión del universo

cognoscible. No siendo el único horizonte posible, es preciso reconocer que dicho posicionamiento no implica afirmar que la única y correcta descripción de la realidad es la representada a partir de dicha postura. Sin embargo:

«Enunciar (una) realidad construida exige aclarar a qué género de construcción se refiere» (Javiedes Romero, M., 2011, p. 64).

Intentando dar respuesta a dicha interpelación, el origen y la postura de este escrito debe ser puntual, no con el determinismo de un punto final sino con la apertura de un punto de fuga al que inmediatamente le continúen una serie de líneas que entrecruzadamente diseñen un paisaje o quizá como una tercia de puntos consecutivos a la que suspensivamente le sigan más palabras...

Narrar las formas de la amistad, de manera menos técnica y más literaria, nos llevará a la comprensión de su realidad a través de un lenguaje escrito. Su transcripción es necesaria para nuestros fines, no así para la existencia de la amistad: todo aquello que se escriba o se omita sobre su realidad, no es razón suficiente para encerrar su vivencia con base en ello. En cambio, si se comete el gravísimo error de reducir la amistad, por ejemplo, a las frivolidades del 14 de febrero o al optimismo comercial de los libros de “superación personal”, lo que se escriba al respecto resultará perfectamente equiparable con la idea, bastante neoliberal por cierto, de estancar el pensamiento de la *libertad* en una estatua de aproximadamente 93 metros de altura, situada en la Ciudad de Nueva York; toda vez que precisar y limitar un fenómeno o una situación de esta manera significa endurecerlo a tal punto que el único material posible para su comprensión sea tan rígido y pesado como el cobre, en el caso de la estatua de *La Libertad*, símbolo de amistad entre Francia y Estados Unidos de América.

Valdrá hacer un verdadero esfuerzo con el propósito de transformar, en palabras de Pablo Fernández Christlieb, «relaciones simbólicas a partir de claves» (1994, p. 267). Todo esto con el noble propósito de escribir sobre la amistad, enmarcándola en una serie rítmica de palabras, del mismo modo con el que se enfoca y se encuadra un pedazo de realidad en el momento justo del cierre del obturador de

una cámara fotográfica, esto es, sin olvidar que la imagen que se captura es un instante inmovilizado de una realidad que seguirá en movimiento, independientemente de nuestro accionar. Y es en este posible sinsentido, en lo que consiste el arte poético de la vida, tal y como menciona Ricardo Quirarte Martínez:

«La poética de la vida radica en el acto social de narrar lo que irremediablemente se les escapa a las palabras, es decir, la vida misma» (Quirarte Martínez, R., 2011, p. 75).

Porque por muy culto, científico o charlatán que sea el discurso con el que se enmarque una vivencia, deberá saberse que al hacerlo se es responsable de darle forma a una realidad que comienza a existir a partir de ser nombrada y que en tanto se le siga escribiendo, corrigiendo y reescribiendo, con un grado mínimo de sensatez, formará parte de aquello que no puede ser explicado con las palabras y que, sin embargo, se explica en ellas: con los sonidos de las palabras que se utilizan, con los espacios en blanco que se dejan entre líneas y con la amalgama lingüística y literaria que une a ambas.

De modo tal que con el lenguaje se expresa aquello que no logramos entender y, simultáneamente, creemos alcanzar su comprensión a través del uso mismo del lenguaje dentro de una realidad que no es exclusivamente discursiva porque, aunque se exprese mediante su uso, es importante precisar y ser conscientes de los límites de este lenguaje, como bien lo plantea y reconoce Susanne Langer en su *Estudio acerca del simbolismo de la razón, del rito y del arte*:

«Para nosotros –cuya inteligencia está ligada al lenguaje y cuyos logros son comodidades físicas, máquinas, medicinas, grandes ciudades o los medios para destruirlas–, la teoría del conocimiento significa teoría de la comunicación, generalización, comprobación, en resumen, crítica de la ciencia. Pero los límites del lenguaje no son los límites últimos de la experiencia, y las cosas inaccesibles para el lenguaje pueden tener sus

propias formas de concepción, es decir: sus propios recursos simbólicos» (Langer, S., 1941, p. 302 en Fernández Christlieb, P., 2001, p. 364).

En este sentido, aventurarse a nombrar lo innombrable nos abre la posibilidad de hallar las palabras para enunciarlo. Lo incomunicable apelará a la intersubjetividad de la experiencia para poder transmitirse. La realidad está compuesta tanto por lo que es comprensible para el saber de la ciencia como por aquello que inevitablemente se escapa a las certezas de su entendimiento.

En suma, la situación a la que uno se enfrenta al querer comprender las *formas de la amistad* a través de la vivencia y el discernimiento de su espíritu, implicará sumergirse en su lógica afectiva, en su temporalidad, en sus matices, en sus ritmos, en una serie de gestos, en sus conversaciones inmersas en el sonido y en el silencio, en sus personajes principales y secundarios, en su compenetración con la alteridad –lo que de ningún modo implica el desdibujamiento de las diferencias en el ejercicio amistoso–, en su oscilación entre lo político y lo filantrópico, en sus necesarios encuentros y desencuentros, así como en un amplio y complementado etcétera que permita ir pensando y repensando a la *amistad* desde la misma gnoseología de la psicología colectiva, desde la filosofía del pensamiento histórico, desde la estética de la situación social, desde la ética de la convivencia, desde la pedagogía de su enseñanza o simplemente a partir de un artificio literario como camino exploratorio.

La clave, entonces, para realizar una descripción veraz de las formas de la amistad en la cultura, está en seguir el vaivén entre la pesantez de lo real y la ligereza de lo fantástico, a partir de la narración literaria. Resultará indispensable continuar dicho movimiento oscilante, de extremo a extremo, de punta a punta y de inicio a fin, es decir, zigzagueando y evitando a toda costa acomodarse en la realidad de una acartonada objetividad o, en contraposición, en la realidad de una cómoda y embriagante subjetividad. En este andar zigzagueante –o en espiral, si se prefiere– ha entrado parte de la psicología social, a saber, aquella que se ha preocupado por abordar una realidad de la que se sabe parte a través de la

construcción y deconstrucción de la misma, con el uso y desuso del lenguaje, en tanto que:

«Efectivamente, la psicología social considera al lenguaje no sólo como el instrumento fundamental a partir del cual se construyen las ideas y los pensamientos que conforman la vida cotidiana y los significados colectivos, sino también la propia comprensión y reflexión de éstos, de ahí la importancia de la crítica y la deconstrucción» (Domingo Ibáñez, G., 2003, p. 139).

Lo que da la impresión de que este tipo de psicología, a la cual parece hacer referencia Gracia Domingo Ibáñez (2003), es generadora de un conocimiento integral, orgánicamente vivo y por lo tanto en constante transformación, en tanto que es un saber dialógico y crítico con la cultura que habita y decide nombrar a través del uso mismo del lenguaje. Psicología social que, por razones de devenir histórico de la ciencia y un poco por sana persistencia en este transitar, se ha ocupado más en mantener una cercanía afectiva con su realidad que preocupado por favorecer una lejanía instrumental a través de la manipulación y segmentación de su contexto.

En este punto, será importante no confundir el significado que conlleva escribir las cosas por el sentido mismo de escribirlas y, en cambio, lo que puede significar escribir algo sin sentido alguno, dada su falta de pertenencia a una realidad simbólica. Aunque en ambos casos sean las palabras quienes fungen el papel de intermediarias en la comprensión de una realidad, el sentido en el discurso o la ausencia de él en sus palabras, marcarán la diferencia.

Encontrar el modo de llegar a un conocimiento que vislumbre el sentido de la cultura más allá del lenguaje, significará ser partícipe de una psicología cuya comprensión envuelva a la sociedad en un todo orgánico con la intención de regresarle sentido a su quehacer y a su decir como forma de existencia cotidiana. Y si se habla de ser partícipe de ella es porque dicha psicología ya ha marcado un camino en el desarrollo del conocimiento –dentro de aquello que también ha sido

nombrado como *ciencias comprensivas*–, a saber, el andar de la *psicología colectiva*, cuyo motivo de existencia particular ha sido el estudio y la comprensión del espíritu o el alma de las formas de la cultura. **La Psicología Colectiva** –modo de conocimiento al cual ya se ha hecho referencia desde el inicio de este capítulo, no obstante su escasa mención con dicho término– es una psicología histórica y romántica, por definición y coherencia existencial. Histórica en tanto que se encarga de indagar sobre el surgimiento, el desarrollo y la transformación, incluida la desaparición y el génesis, de aquello que compone cierto sentido para la sociedad, es decir, para el pensamiento de la cultura. Y romántica por su pertenencia a la decimonónica concepción de una realidad como entidad orgánica, pensamiento que bien podría afirmarse surge, al menos en el universo de la ciencia, a partir del movimiento artístico del Romanticismo, impulsado a su vez por la contraposición de carácter ideológico a la aplicación práctica y funcional de la racionalidad científica de la Ilustración. De forma tal que:

«La psicología colectiva es una psicología nostálgica porque acude a las formas en que la vida social se vuelve un acto compartido, un ejercicio afectivo, un transitar por las experiencias colectivas. Pero, ante todo, es una psicología de corte histórico, pendiente de las omisiones que la psicología social albergó, a partir de lo que ésta desdeñó, desde lo que en su trama original compartió» (Navalles Gómez, J., 2008, p. 109).

Y es que, en efecto, como toda entidad viva, la psicología colectiva se ha ido desarrollando a partir de la construcción de un discurso propio, aunque no excluyente de otros saberes ni de otros contextos. En todo caso, lo que aquí se busca con la psicología colectiva es saber si la amistad hace referencia a una forma llena de sentido o a un vacío parecido a un abismo; aunque esta tarea se complica de manera considerable si se reconoce que, en una cultura líquida y cínica como la actual, uno puede rodearse de formas carentes de toda profundidad. De este modo, la tarea de la psicología colectiva, con su lenguaje *gariboleado*, lleno de sinónimos y elegancias propias de quien mucho ejerce los viejos oficios de la contemplación y la conversación, es dar cuenta de aquellas

formas sociales intraducibles a través de un lenguaje igualmente nebuloso, en donde quizá la lógica lingüística no intervenga demasiado pero sí el ritmo, la métrica y la profundidad de las palabras. No obstante, en una comunidad científica malacostumbrada a buscar y a encontrar resultados en los primeros intentos –no necesariamente los que buscaba, pero eso sí en el menor tiempo posible–, un lenguaje en espiral, atiborrado de adjetivos para describir una sola situación o con ejemplos en lugar de datos duros, resulta escasamente práctico para su desarrollo científico no así, por fortuna, para el caminar de la cultura; de modo que:

«El proceso de construcción de la realidad psico-colectiva es el de las palabras que hacen cosas, de objetos que buscan nombres, de lenguaje e imágenes que se invocan, se requieren, se atraen, se llaman y se construyen mutuamente; de símbolos y significados, en suma, que se acercan, se tocan y se compenetran en un punto. Es por este proceso que la vida se puebla de objetos, de habitaciones, de creencias, de estados de ánimo, de ideas, de pensamientos, de sinrazones, de conflictos, de proyectos, en total, de vida» (Fernández Christlieb, 1994, p. 254).

De lo que se trata, entonces, es de dejar de emplear el lenguaje como mera herramienta instrumental para la transacción de datos, información y tecnicismos, con la propuesta de dar paso a las formas líricas de comunicación, más fluidas y estéticamente con la capacidad de comprender-se en la realidad que describen. Tales formas pueden ser: los oxímoros, las metáforas, las remembranzas, las analogías, los relatos, las leyendas, los mitos, los cuentos, las redundancias literarias, alguna onomatopeya y, ¿por qué no?, una que otra insistencia poética, porque después de todo:

«Parece ser que hacer literatura es quitarle pesos, lastres, anclas, remolques y demás términos navales a la psicología social a cambio de ponerle espesores, densidades, profundidades y demás términos marítimos a la vida. El lenguaje como lenguaje permite navegar sobre las palabras, pero el lenguaje como literatura permite hundirse en ellas» (Fernández Christlieb, P., 2007, p. 156).

Ahora bien, enmarcar una situación de esta forma –un paisaje en un lienzo, una lata de leche condensada en un museo, las *formas de la amistad* en una tesis de licenciatura– podría significar la realización de un encuadre necesario, en tanto que hacer esto también implica cambiar sutilmente los bordes que definen el contexto de tal situación y, con esto, hacer un tanto más explícita la invitación para aproximarse a ella en una forma distinta, es decir, prestando atención en detalles que quizá antes no se percibían con cierto detenimiento. Por ejemplo, la técnica del *vorticismo* en la escultura, invita al paciente observador a fijar su atención en un punto cualquiera de la escultura para así comenzar, casi instantáneamente, a envolverse dentro de la escultura con el simple acto de mirarla y dejarse llevar, en su contemplación, por el curso marcado en el borde mismo que estructura a la pieza artística.

Esto, además de poesía, es una forma de conocimiento que aplicado a la comprensión de cualquier situación implica, necesariamente, dejarse envolver en el conocimiento mismo para dar cuenta de él desde su pertenencia. Así, pertenencia no es lo mismo que posesión. Mientras que la pertenencia incluye un involucramiento del todo en el todo, sin distancias impuestas que favorezcan el surgimiento de cualquier tipo de jerarquías o dogmatismos; la posesión implica la auto-apropiación de algo o de alguien a lo que nunca se perteneció y, no está de más mencionar, difícilmente se pertenecerá debido a su arrogante y ventajoso posicionamiento. Y aquí está, quizá, una de las claves para la construcción de una psicología sensata o, lo que resulta lo mismo, de una ciencia social auténticamente viva, toda vez que:

«La ciencia es un lenguaje vivo, no solamente un lenguaje escrito; hacer ciencia es más allá de leer, y efectivamente, conforme vas metiéndote en una disciplina que te gusta, vas adquiriendo un lenguaje; pero no adquieres un lenguaje nada más leyendo ese lenguaje, también lo vives y entonces te metes al laboratorio, y parte de tu lenguaje es incluso el contexto del laboratorio, los instrumentos, los horarios, etc.» (Pérez Cota, F., 2015, p. 294).

En suma, uno es lo que hace y cómo lo hace, en tanto que lo que se hace también es uno mismo. La razón de este gariboleo es más simple: forma y contenido son lo mismo. Así, la forma como unidad inseparable, como realidad que nos llega y nos envuelve de sopetón o como modo de vivir y de andar en el mundo, debe ser estudiada y comprendida desde su misma complejidad. Para lograrlo, lo primero será reconocer que las formas de los sentimientos en una sociedad se rigen bajo una lógica propia, cuyo orden, lenguaje, prioridades, modos de comportarse y transformarse dentro de la cultura a la que pertenecen son completamente diferentes a la lógica de las palabras como serie de caracteres numéricos. Dicha lógica, a saber, recibe un nombre acorde a su sintonía con el mundo, como bien lo expone Pablo Fernández Christlieb, en su libro *La afectividad colectiva* (2000):

«La afectividad sólo tiene forma; no tiene causas, componentes, transacciones o diferencias, porque toda forma es integral como el magma; cada sentimiento que adviene ocupa en bloque el todo de la realidad. Por ésta, su mera constitución, la afectividad no puede seguir la lógica de la racionalidad, y a cambio, tiene su propia lógica, pero ésta no puede llamarse así porque tal término viene de *logos*: “palabra”, “racionalidad”, “lingüística”, y la afectividad no tiene palabras, sino que tiene que llamarse con un término que venga de “sensación” o “afecto”, así que se llama “estética”. La lógica de la afectividad se llama “estética”» (Fernández Christlieb, P., 2000, p. 81).

Dicho de otro modo, lo que puede nombrarse como la estética de la amistad no habrá de entrar velozmente por los ojos, pues a decir verdad uno no se fija en la estructura de los dientes para saber si la sonrisa de quien se tiene enfrente es sincera o no, ni en la longitud precisa de los brazos para sentir el alivio de recibir la compañía de un abrazo. La estética de la amistad será, en cambio, acompasada en reciprocidad a lo sutil de su realidad, tanto que no se sabrá bien en qué momento se entró en ella, y aquí está de nuevo el asombro de su aparición y la prueba, irrefutable quizá, de su existencia.

Ahora bien, si se habla de entrar en las formas de la amistad, es porque en la amistad hay profundidad y para llegar a ella se necesita, cuanto menos, algo de tiempo, insistencia, mucho ocio y, en nuestro caso particular, más palabras en el andar de su conocimiento.

AL ANDAR, ANDAR: EL ENSAYO COMO MÉTODO

Toda tesis inicia con la búsqueda de respuestas. Aquí no es la excepción, sin embargo, las certezas poco nos servirán si en ellas no se encuentra la posibilidad de generar mayores cuestionamientos. Las preguntas nos sirven para caminar, nos cuentan las y los compas zapatistas en *La historia de las preguntas* (1994), porque es en la cadencia de las preguntas donde está la clave del diálogo que construye senderos y la fuerza de los pasos que habrán de recorrerlos.

Así, nos encontramos en el camino rumbo al estudio de la amistad. Hasta el momento sabemos que narrar las formas de la amistad significará escribir desde la amistad misma, es decir instalados en el conocimiento sensible de su situación. Pero, ¿de qué modo? La propuesta es hacerlo mediante un camino exploratorio, el cual necesariamente tendrá que recorrerse una y otra vez en la constante búsqueda de las palabras que hagan reverberar su sentido en la esencia vital de la sociedad, a la cual la amistad pertenece. Esto es, mediante el arte de conjurar una serie de palabras que se cuestionen más con su presencia que lo que puedan responderse con ella. Nos referimos a una forma de generar conocimiento a través del camino de la pregunta, un saber impulsado por el espíritu crítico y originado en la intuición. Al respecto, nos valdría citar este diálogo entre Mariana Bernárdez y Ramón Xirau (2003):

«MB: ¿Hay un nexo entre el ensayo y el método?, porque en un sentido estricto, el ensayo no es un método. RX: Sí, pero depende de cómo entiendas la palabra método, desde un principio significa una cosa muy

sencilla: camino, igual que tao en chino, significa “el camino”, lo cual implica una proximidad entre ambos vocablos.» (Bernárdez, M., 2010, p. 35).

Sea el **ensayo**, nuestro método. Toda vez que en origen la palabra método significa camino, el ensayo como método es una expresión narrativa cuya posibilidad de exploración es inagotable. Se trata, pues, de tantear y conocer al mismo paso, de aventurarse en un recorrido en el que simultáneamente se es caminante y guía. Ciertamente, en el camino del ensayo no se anda sólo. El ensayo es una construcción dialógica entre escritor (guía) y lector (compañero de viaje), y para dialogar es preciso callar, escuchar e impedir el paso a la imposición de la palabra personal. Dialogar es reconocer la presencia de la diferencia en el pensamiento y el ensayo nos ofrece la posibilidad de vincularnos en su alteridad. El ensayo como método de conocimiento obedecerá a una necesidad de comunicación entre la realidad y el ensayista, así como entre el escritor del ensayo y su lector. Mariana Bernárdez, al respecto de esta tensión dialógica presente en la obra del también poeta y filósofo Ramón Xirau, nos escribe:

«Bajo tal perspectiva, el ensayo en Xirau es (...) el escenario donde la tensión entre razón y corazón se apacigua ante la divagación, en el descubrir-describir-escribir Xirau reproduce ese momento especialísimo del diálogo del alma consigo misma y que es motivo de ensanchar lo que se ve y lo que se comprende, *diálogo bipolar* cuyo tender es siempre llamada al otro y trato entre el que se escribe y el que lee» (Bernárdez, M., 2010, p.22).

Así, el ensayo es un espacio de intimidad compartido, cuya característica principal es la apelación abierta a la experiencia personal como punto de partida y de retorno. En su transitar, la pretensión aséptica a la subjetividad queda fuera pues quien escribe asume la responsabilidad ante lo escrito. El ensayo, como forma de pensamiento, marca un posicionamiento ante la vida y el escritor asume que en el lenguaje utilizado no hay lugar para la inocencia. Escribir es reconocerse en el devenir del lenguaje; y en el ensayo, cuando el silencio comienza a balbucear y las palabras toman su forma prístina para comenzar a hilarse con más palabras,

quien escribe responde a una tradición de pensamiento que buscará, ante todo, problematizar y proponer un rumbo que recupere la dignidad de las palabras frente a la posible deshumanización del lenguaje.

Como puede entenderse hasta ahora, el diálogo propuesto en el ensayo como forma de conocimiento no es una charla cualquiera. Habremos de precisar que la comunicación a través del ensayo tiene una forma bien estructurada en la argumentación, aunque resulte escurridiza frente a los dogmatismos de ciertos estilos de escritura científica.

El ensayo es, además, un género literario y su pertenencia a la literatura nos será favorable para evitar, quizá, los rigores de la razón, permitiéndonos ahondar más en el sentido de las palabras, toda vez que, al hacerlo, nos significará también profundizar en la vida. Así lo expone Ramón Xirau en su libro *Octavio Paz: el sentido de la palabra* (1970):

«Se trata del sentido de la vida. Para entender este sentido hay que entender su significado. La vida misma nos remite a las palabras y las palabras dan el significado y el sentido de la vida. Vivir es estar en las palabras, en los signos, en las significaciones: realidad y ausencia de realidad; mejor: realidad más allá de lo que solemos llamar real o ausente» (Xirau, R. en Bernárdez, M., 2010, p. 57).

De esta forma, es en el sentido de la amistad donde se encontrará, además de la direccionalidad de su narrativa, su impulso creador frente a toda eventualidad de la vida. Así, el morar las palabras en la compañía de su presencia hará posible la tarea de unificar su razón y la vida emotiva de su existencia. Desde esta unidad discursiva, la amistad se engarzará con la vocación del ensayo como forma de pensamiento, asumiendo su estancia y posicionamiento en la vida. ¿Acaso se escribe de la amistad y sus formas, a través del ensayo, para devolver la narrativa propuesta al flujo de su andar?

El ensayo revela en su decir la sospecha de un mundo repleto de certezas, inmóvil y anquilosado. La sospecha de un modo distinto de accionar en la vida, favorecerá

la salida del letargo. El ensayo como método, ocasionará un constante conflicto y poco se afanará en resolverlo. Asumirá, en cambio, que la incomodidad generada por la audacia en sus palabras originará una grieta en la realidad apaciguada y con esta ruptura buscará ganar profundidad. Sea una verdad dicha: sólo a través de lo dolorosamente abierto es que uno puede llegar a la profundidad de la vida. A través de la fractura, el ensayo enfocará la atención del lector sobre un conflicto, que al escritor le parecerá oportuno desenmarañar. A partir de entonces, la provocación será un estilo constante en el decir del ensayo cuyo discurso gozará de emplear recursos poco usuales, tales como la ironía, el sarcasmo e incluso el equívoco. Puesto que el ensayo no sólo acepta el error sino además lo asume como parte integradora de sí, en su discurrir no se nos abrumará con una solemnidad exagerada y sosa, tan característica de creerse poseedor de la verdad absoluta. Al respecto, Ricardo Forster, en su brillante ensayo *La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales*, nos dice:

«El ensayo como género moderno, ha llevado, desde el inicio, la marca de la interrogación crítica, ha hecho suya la inquietud y la sospecha intentando colocar su indagación por fuera de los cánones establecidos y más allá de las gramáticas al uso. Entre la sospecha y la crítica, el ensayo abrió el juego de una modernidad ya no deudora de una única y excluyente visión del mundo, sino que se convirtió en la expresión de una escritura desfondada, abierta, multívoca y celosa amiga de la metáfora y compañera, en sus mejores momentos, de la intensidad poética» (Forster, R., 2004, p. 32).

Todo esto porque una propiedad más del ensayo es su condición fronteriza. Es decir, si bien el ensayo cuenta con una estructura definida y con características muy particulares, sin las cuales dejaría de serlo, tiene también la congruente posibilidad de establecer un diálogo con otros géneros de la escritura. Dado que sus límites han de ser permeables, la prosa del ensayo podrá alimentarse con algunos datos periodísticos, con la narrativa fantástica de la novela, con la capacidad creadora y evocativa de la poesía, con la estructura lógica de los números o con la determinación y la claridad del aforismo; siempre encaminado a

la superación estética de la escritura ensayística y, con ello, a la conformación artística del mundo que se describe a partir de repensar su relación con lo que le rodea porque, en efecto, el ensayo se convierte en nuestra versión-visión del mundo que habitamos.

Habitar lo que escribimos en la contradicción irresoluble del ensayo, es una metáfora que nos recuerda el pensamiento presocrático de la armonía-desarmónica de las cosas. El mantener latente dicha tensión, puede significar la apuesta por un dinamismo que potencialice la creatividad y la imaginación del pensamiento. Ambos elementos nos resultan verdaderamente indispensables en la escritura del ensayo, con la finalidad de avivar el lenguaje que configura su pensamiento, evitando que éste sea completamente estéril y con ello nuestra realidad se reduzca a una pobre transacción de información.

Ante todo, el ensayo como camino de conocimiento de una realidad buscará ganar profundidad, dado que la profundidad es el lugar donde las palabras trascenderán a la vida. Así lo explica Chantal Maillard en su libro *La creación por la metáfora. Introducción a la razón-poética* (1992), siguiendo el pensamiento de la también poeta y filósofa española María Zambrano:

«La profundidad es un espacio de creación, el lugar donde el ser ha de fraguar su unidad perdida recuperándola mediante una acción híbrida de asombro y de extrañeza, de contemplación y de palabra, de quietud y de tensión, de razón y de poesía. (...) Lo profundo, pues, es el lugar donde el juego de las apariencias obliga al hombre a realizar su acto de ser, transformando los acontecimientos en experiencias para luego ser devueltos, ya palabra, a la superficie. Y esto tiene lugar mediante esa doble actitud del poeta y del filósofo, a medio camino entre la verdad (unidad) hallada sin previa pregunta del primero y la verdad (unidad) buscada del segundo» (Maillard, Ch., 1992, p. 34).

Alojarse en la profundidad de las palabras, puede significar entrar en un proceso de humanización. La posibilidad de unificar el sentido de nuestro rumbo, más allá

de las indispensables contradicciones, nos devolverá la pertenencia extraviada en la vorágine de nuestro tiempo. En este sentido, hallar morada en la hondura del lenguaje es recurrencia en el camino para comprender el mundo en cada respirar. Es en esta comprensión del espacio que habitamos y que a su vez nos habita, que logramos vincularnos con cada palabra-signo,

palabra-grieta,

palabra-aliento, reconociéndonos inmersos en la reverberación de lo enunciado. Así, la responsabilidad frente a la crisis del lenguaje, que devela una crisis de humanidad, reafirma el compromiso del discurso para con la vida, conservando su misterio en la profundidad del corazón y, simultáneamente, dando testimonio del tiempo vivido en la nevadura de lo que somos. Se trata de una forma de conocer el mundo que, como en el caso de la poesía, es sabiduría reincorporada a nuestro respirar.

Así, las palabras, aunque se las lleve el viento, son en muchos casos nuestra mejor forma de acción para establecer un espacio de encuentro, de correspondencia con la significación de la vida en compañía, pues ¿acaso no es la comunicación una forma de comunión con los más? El asunto es que el mundo humano, nos dice Luis Villoro, «llega hasta donde alcanza el lenguaje» (2016, p. 50). En este sentido, la objetividad es responsable de distanciarnos en este modo de vinculación. Escribir de la amistad a través del ensayo, ofrece la posibilidad de sabernos con la capacidad de experimentar la realidad amistosa con todos sus matices y, además, incidir en la configuración de sus formas.

Divagar, como hasta ahora, es propio del arte del ensayo. El tema en el ensayo, a veces, es sólo un pretexto para incitar al pensamiento a caminar. Tantos serán los estilos de un ensayo como personas se aventuren en su escritura, sin embargo, nos recuerda Eduardo Nicol en un *Ensayo sobre el ensayo*, «el género limita formalmente el contenido de la expresión. También condiciona el estilo» (1998, p. 219). En efecto, su conocimiento ha de caracterizarse por prescindir de las definiciones dictatoriales o de panteón. Si bien, no puede negarse cierta actitud de mando o dirección en el ensayista, la armonía en el ensayo evitará que su

autoridad cabe su andanza en el sermón moralista. La función de un escritor de ensayo, lo hemos dicho antes, es ser guía en el camino que muestra a través de sus reflexiones; su creatividad radicarán en la capacidad de elegir una articulación adecuada de palabras que den cauce al pensamiento compartido.

Ciertamente un buen ensayista, también deberá tomarse con seriedad la dimensión lúdica de su escrito. El juego, en el ensayo, reflejará en la flexibilidad y el dinamismo los alcances y la profundidad de su conocimiento. A propósito de lo anterior, Julio Cortázar –enormísimo cronopio– en su libro póstumo *Clases de literatura* (2013), nos recuerda la importancia del juego en el arte creativo de todo escritor:

«Para empezar, un escritor juega con las palabras pero juega en serio; juega en la medida en que tiene a su disposición las posibilidades interminables e infinitas de un idioma y le es dado estructurar, elegir, seleccionar, rechazar y finalmente combinar elementos idiomáticos para que lo que quiere expresar y está buscando comunicar se dé de la manera que le parezca más precisa, más fecunda, con una mayor proyección en la mente del lector» (Cortázar, J., 2013, p. 182).

Tan en serio habrá de tomarse las palabras quien decida emprenderse en la escritura de un ensayo, que las citas textuales, como las que acabamos de leer, formarán parte de un juego dialéctico, más allá de prestarse como referentes que den sustento al pensamiento argumentativo del texto ensayístico. En consecuencia, lo mismo podremos dialogar con un tratado filosófico que con un refrán popular, toda vez que, como sugiere el poeta alejandrino Constantino Cavafis, la sabiduría está en comprender la ventura del camino:

Cuando emprendas el viaje hacia Itaca,
ruega que tu camino sea largo
y rico en aventuras y descubrimientos.
No temas a lestrigones, a cíclopes o al fiero
Poseidón;

si de ti no provienen,
si tu alma no los imagina.
Ruega que tu camino sea largo,
que sean muchas las mañanas de verano
cuando, con placer, llegues a puertos
que descubras por primera vez.
Ancla en mercados fenicios y compra cosas bellas:
madreperla, coral, ámbar, ébano
y voluptuosos perfumes de todas clases.
Compra todos los aromas sensuales que puedas;
ve a las ciudades egipcias y aprende de los sabios.
Siempre ten a Itaca en tu mente;
llegar allí es tu meta; pero no apresures el viaje
no esperes la riqueza de Itaca.
Itaca te ha dado un bello viaje.
Sin ella nunca lo hubieras emprendido;
pero no tiene más que ofrecerte,
y si la encuentras pobre, Itaca no te defraudó.
Con la sabiduría ganada, con tanta experiencia,
habrás comprendido lo que las itacas significan.

(Cavafis, C., 2008, p. 12)

En suma, si en su navegar las palabras nos ofrecen la valiosa posibilidad de ser refugio en la tormenta, ¿de qué manera puede ser el ensayo un espacio que brinde hospedaje al pensamiento? En la creación puede estar la clave, entendida como un proceso de hacerse a sí mismo ante uno mismo, es decir, la posibilidad de agregar vida a la vida misma. Instalados en lo que puede significar su abrazo, habremos de recuperar algo más que el habla: la posibilidad de pertenecer a las palabras, por ejemplo, a la palabra AMISTAD.

La amistad es, sin más, compañía *asombraluz*

III

FORMAS DE LA AMISTAD

*migas de respeto
silencios de confianza
y gracias por que existen*

Mario Benedetti

¿A dónde dirigimos nuestros pasos cuando los tiempos se tornan oscuros?

¿A dónde ir cuando todas las luces se apagan?

Frente a la avalancha de angustias y desaires de algunos días, bien nos valdría saber de un lugar seguro, un refugio donde los ánimos renueven su aliento y esperanza. Cuando es preciso ir más allá de la calamidad, la amistad parece ser un buen destino. Al tiempo de muchos naufragios comprendí que la amistad es un puerto seguro donde arribar; también es un barco, cuya modesta tripulación saldrá avante frente a la tempestad de la marea. Bálsamo a la herida y alegría en el vivir, la amistad aguarda en la profundidad de la mirada, en la renovación de la sonrisa, en la apertura del abrazo que conforta y en la sorpresa de cada encuentro.

La amistad es un estado, es decir, un *estar* que hace presencia y deja huella, cuya hondura es camino y guía a la vez. Procurar y encarnar su nombre es saberse acompañado en la intimidad del tiempo. El suyo, es un tiempo memorioso. Tiempo abierto a lo vivido, donde todo presente significa estar y cuya presencia es promesa de pertenecer a una morada. Este es el tiempo *sin tiempo* de la amistad; un tiempo suspendido donde confluyen simultáneamente pasado-presente-futuro, similar al *tiempo interior* en el pensamiento de San Agustín o al *tiempo continuo* de Henri Bergson, pero aún más al *tiempo vivido* propuesto por **Ramón Xirau**: un tiempo que es estancia compartida, porque la promesa que inaugura la posibilidad de un futuro esperanzador para la amistad sólo es real en la convivencia con el otro, en el compartir y vivir en complicidad.

En la amistad, se procura el *bienestar*. Habitar su estancia es posible y su generosa hospitalidad nos advierte no sólo la responsabilidad de su cuidado en la profundidad de los gestos que la conforman, sino además la renovación constante de un compromiso con el plural de su ejercicio en favor del espíritu de la sociedad. Esto, porque en la amistad habrán de encontrarse las condiciones propias de una tierra fértil, donde sembrar y cosechar la nobleza del ser sea una realidad. ¿Es acaso la amistad, la última embarcación que mantiene a flote nuestra humanidad?

Un barco frágil de papel
Parece a veces la amistad
Pero jamás puede con él
La más violenta tempestad
Porque ese barco de papel
Tiene aferrado a su timón
Por capitán y timonel:
Un corazón

Alberto Cortez

Sólo en el estar con el otro, es posible la comprensión metafórica de un navegar al ritmo de dos o más corazones, que sincronizan su cadencia a un mismo palpitar. Pero la amistad no representa ninguna salvación milagrosa. No sentenciamos su destino a una fatalidad. El único sentido de la amistad es su presencia misma. Sin embargo, ahí radica su poder creativo y transformador: al estar presente en el andar de la sociedad, sus formas representan una luz en el sendero hacia el más noble existir de lo humano; una luz procedente de un faro que nos anuncia la llegada a tierra firme y con ello el fin de la tormenta en mar abierto. Sin embargo, antes de ser un refugio para el alma, la amistad deberá enfrentar un sin fin de adversidades para que el simple deseo amistoso trascienda a la construcción de un espacio habitable: un refugio, quizá, como morada de la humanidad.

En todo caso, parafraseando al poeta **Joan Margarit**, la amistad es un lugar. Un espacio donde perdura la hondura de la vida en compañía, pero ¿cuáles son los límites indispensables para estructurar su esencia y hallar sus coordenadas en el

mapa de la vida?, límites sin los cuales sería imposible escribir de la amistad y distinguir su arquitectura a la del conducir del compañerismo o a las expresiones románticas del enamoramiento. Conocer las fronteras de la relación amistosa nos permite discernir entre aquello que le pertenece y la hace crecer, de lo que resulta ajeno a sus formas y pervierte su andar. Escribir sobre sus límites, aumenta su sentido y amplifica su presencia, evitando su idealización o banalización. La amistad existe en sí misma por un motivo. Bordeemos sus límites.

1. La ruptura

*There is a crack in everything
That's how the light gets in*

Leonard Cohen

Ubicadas en el acontecer del tiempo y el espacio, las amistades no son eternas. El final de una amistad será el primer límite a enfrentar. Su abrupta o paulatina culminación representa un desfase en el ritmo de la vida, muchas veces insuperable. Sea por muerte, traición al sentimiento o abandono, las amistades terminan; no así la amistad.

La muerte de un amigo representa un dolor anímico desbordante; su *estar* se transforma en ausencia irremplazable, en pérdida irreparable. No existe discurso alguno que mengüe el sentimiento de desolación y dé alivio al alma que se ha fracturado. *Cuando un amigo se va*, canta Alberto Cortez:

se queda un árbol caído
que ya no vuelve a brotar
porque el viento lo ha vencido
Cuando un amigo se va
queda un espacio vacío
que no lo puede llenar
la llegada de otro amigo.

Ante tal desamparo no existe el consuelo, salvo el recuerdo de un tiempo que es porque permanece en la memoria. La amistad entre sus actores se ha encontrado con un desenlace natural e inevitable, pero aquello que vuelve su camino por el corazón de la memoria ha de significar una promesa de vida. *Recordar es vivir*, nos dice la sabiduría popular, y es cierto, en tanto que *recordar* también significa regresar nuestros pasos por los caminos del propio corazón. En el arte de recordar, cada quien es responsable de su memoria y, en este sentido, la ruptura no significa el declive de la unidad: la amistad trasciende y es promesa de futuro. Ante la muerte de un amigo, el recuerdo de su compañía es promesa que nos ancla a la vida. La amistad, ahora, ha de habitar en el recuerdo, que le otorga la luz de la esperanza de un mañana.

En contraposición, la crueldad que conlleva a la traición del sentimiento de lealtad, hace cimbrar la estructura de la amistad y el quiebre puede significar lo irreconciliable. No existe nada más alejado de la amistad, que la intención de causar daño por el placer mismo de hacerlo. Inmersos en el asombro, el engaño rompe la confianza y la crueldad fractura toda posibilidad de retomar el camino antes compartido. Recordemos tan sólo un poco la historia de Juana de Arco, acusada de herejía por la Iglesia, a quien su devoción y lealtad por Francia le fue desalmadamente traicionada. A pesar del desamparo, hasta el final de sus días, Juana de Arco sostuvo con dignidad la fidelidad a su dios, a su rey y a quienes la acompañaron en la batalla que le fue encomendada. Al respecto de la muerte por traición de la doncella, Patricia Corres Ayala escribe:

«Ella pidió morir viendo una cruz, que estuviera enfrente de la hoguera a la que se encontraba atada. Una cruz como la que cargó durante los últimos dos años de su vida, proporcionándole tanto dolor como placer (...). El dolor de no ser comprendida, el dolor de la desconfianza (...). Finalmente, el dolor de la traición. Por otra parte, el pacer de recibir una misión tan especial y de tener fe en ella misma. El placer de su lucidez, del apoyo que recibió y la confianza que depositaron en ella tantas personas valientes que creyeron en su proyecto» (Corres Ayala, P., 2014, pp. 54-55).

Juana de Arco es ejemplo de tenacidad ante la adversidad del camino; así como de entrega y fidelidad absoluta a un ideal. Sin embargo, no existe defensa alguna para la traición. Sucede que nunca se está más cerca de ella como en la intimidad de la confianza. En una novela, **Sándor Márai** expone con severidad *El último encuentro* (2013) entre dos amigos, preludio de un adiós definitivo. Una pactada conversación, después de muchos años en lejanía, pondrá en cuestión la existencia de lealtad en su amistad. Aunque bien se puede pensar a la traición como un fraude a las expectativas depositadas en el otro, también resulta paradójico que entre más expuestos nos encontremos en la presencia de una persona, el peligro de resultar heridos aumenta su latencia. A su vez, sólo en un acto de entrega ocurre en plenitud la confianza y su arropo.

¿No es acaso la amistad, la voluntad de tener por certeza la confianza en alguien y hacer de la fragilidad la posibilidad del encuentro? La confianza es, entonces, cimiento para la fortaleza en la amistad. En ella florece la complicidad y el reconocimiento de un espacio completamente habitable. Responder a esta entrega con rectitud o felonía será una decisión crucial para la permanencia o ruptura de la amistad, en lo particular y como acto social.

En medio a estas dos catástrofes, el abandono y el peso de una gran distancia han de motivar la crónica anunciada en el derrumbe de una amistad. Al respecto, en una entrevista, el escritor argentino **Jorge Luis Borges** (1980) afirma que «la amistad no necesita de frecuencia», en referencia con el amor romántico. Es cierto, en medida de la comparación y con respecto a la temporalidad de cada relación afectiva. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que de prolongarse el descuido y la ausencia, llegará ineludiblemente la ruptura de la amistad. De menor intensidad, quizá, el sentimiento de desamparo será acompañado por la resignación de perder una amistad y por la responsabilidad asumida de no hacer algo al respecto que evite la ruptura.

En todo caso, una amistad rota bifurca el camino: 1) frente a la muerte, la amistad ha de continuar en la memoria como un recuerdo de vida que honre su nombre con respeto y añoranza; 2) al elegir terminar una amistad en vida, habrá de

reconocerse la afinidad y el amor alguna vez presente en la ahora extinta amistad y así evitar la caída en el fango del rencor o la ingratitud. Por ambos senderos, la dignidad en la amistad ha de permanecer inmune. Atentar contra ella implica negar el inevitable paso del tiempo y sus consecuencias naturales, así como desconocer las posibles faltas o desencuentros anímicos en la convivencia cotidiana y que también forman parte de lo humano. La fidelidad en el camino de la amistad, se encuentra también al final de su recorrido. Sólo así, la amistad perdurará. Su ruptura representará un punto crucial para recrearse en ella misma. Como el ave mítica, la amistad ha de renacer de entre sus cenizas.

2. La conversación

*La amistad es ese diálogo
en la palabra y en el silencio*

Patricia Corres Ayala

Por sincronía del corazón, el ritmo de la amistad habita en la conversación. No es tan simple. El buen conversador ha de ser un buen amigo. Priorizar la escucha por encima del deseo de ser escuchado; atender el acontecer del silencio, antes del sonido de las palabras, hará que la amistad se sostenga en ella misma. Pero es en su verticalidad donde surge la necesidad de anunciarse en el mundo. La amistad se guarda en el silencio, sí, pero al mismo tiempo su presencia ha de exigir su manifestación a través de las palabras. Dialogar para pronunciarse en compañía. Hilar palabras para entretejer su sentido. Conversar para ofrecer arquitectura a lo compartido y en la conversación dar morada al reconocimiento de los amigos.

Si la palabra es formadora del cosmos que enuncia, ¿qué lenguaje ha de conjurar la amistad? Uno originado en el silencio de la escucha y destinado a corporeizarse, es decir, un lenguaje que este compuesto de palabras y gestos cuya sonoridad y silencios permitan el habitar de una forma. Sea dicho: existe una verdad que sólo se alcanza a través del silencio. Escuchar es un silencio fértil para

la construcción de la palabra en la amistad. Lo nombrado se materializa, y a través de su escucha es compartido, jamás impuesto.

En *Una filosofía del silencio: una filosofía de la India* (2016), **Luis Villoro** expone algunos contrapuntos entre la filosofía de la Antigua Grecia y la filosofía hindú. Desde Aristóteles, principalmente en la parte occidental del mundo, se ha privilegiado a la visión por encima de cualquier otro sentido. Sólo aquello que alcanza la vista humana mantiene el estatus de real, favoreciendo la saturación visual y atrofiando la capacidad perceptual de los otros sentidos. No obstante que la primera enseñanza de la escuela pitagórica consistiera en aprender a escuchar, con el tiempo hemos olvidado su sabiduría y extraviamos su práctica, para dar paso a los soliloquios y a la verborrea contemporánea. Por su cuenta, la tradición de la India apela a la cosmovisión del vacío. Difícil de comprender, la existencia no se reduce a lo visible. Lo que es, más allá del ojo humano, se conoce a través de un método contemplativo: atender al silencio, que es origen y retorno de todo saber en el mundo. Un silencio que devela con asombro la presencia de aquello que no puede ser nombrado con el lenguaje y, sin embargo, existe.

Es en el lenguaje fundado en el silencio, donde encontramos la esencia de la amistad y el compás de su movimiento. La consonancia del silencio en la amistad, es decir, la complicidad envuelta en el silencio a la ausencia de las palabras, da lugar a la quietud como una acción de la voluntad: atender, previo a la demanda de ser atendido. Prestarse a la contemplación, liga lo acontecido con el propio sentir y pensar. En el escuchar aguarda la posibilidad de reincorporarse a la continuidad de un universo fragmentado y entrelazar el propio ser con la otredad, vivir la alteridad en comunión, experimentar la presencia mutua y dar origen a una comunidad fundada en la coexistencia del silencio y su palabra.

En este mismo sentido, para Luis Villoro, el pronombre que ha de enunciar una relación de simpatía y amor es la segunda persona del singular. En comunión con el yo, a través del diálogo, el *tú* es cómplice en la conformación de una comunidad que escapa a todo juicio, toda vez que en la amistad no se reduce la alteridad a lo propio. Por el contrario, es mediante la conversación y la escucha atenta que se

percibe la pluralidad irreductible del amigo. El *tú*, es lo próximo a mi existencia pero de ningún modo es sujeto a lo propio. El reconocimiento en la amistad es fundamental para la existencia de la pluralidad y, por lo tanto, de la conversación. Reconocer al amigo procura la franqueza y evita la idealización. Además, en el reconocimiento está la puerta a la justicia y a la equidad de una sana relación.

En comunión, consonancia o complicidad, la conversación requiere la convivencia con lo diverso para no convertirse en un soliloquio. Entre la escucha y el decir, la compañía de la amistad oscilará en el sentido de las palabras y la significación del silencio. En su pendular, hallará su cadencia como un gesto de reconocimiento, como una forma del lenguaje en la cercanía de la presencia. Después de todo, la escucha es lo que nos permite tener algo que decir:

«¿No será tiempo, ahora, de recuperar la escucha? La inspiración forma parte de la respiración. Nuestra respiración. Nuestro ritmo. Pero también el de aquellos que tenemos a nuestro lado. El ritmo de los otros, el de las cosas-siendo. El de una pared, por ejemplo, el de una piedra... Entre todos, sucedemos» (Maillard, Ch., 2014, p. 40).

En este acontecer dialógico, la honestidad es un elemento crucial para el cuidado del saber mutuo en la amistad. La sinceridad, de acuerdo a **Schopenhauer**, debe probarse en la necesidad y la urgencia, sin embargo no siempre se libra con éxito dicha prueba. Amarga medicina para el (auto)conocimiento, la honestidad en la amistad no debe mezclarse con la crueldad. La sinceridad requiere de empatía en el decir. La cercanía y la intimidad compartida en la relación amistosa han de favorecer el buen ritmo y la precisión para saber si se requiere hablar o callar. Hablar para ser escuchado o callar para dar lugar al silencio y su matiz el secreto. De acuerdo a **Georg Simmel**, aún en la comunión espiritual de la amistad ha de permanecer el no-saber como práctica reguladora entre lo propio y lo compartido. Respetar el misterio, permite que la intimidad amistosa no se desborde en la voracidad. El secreto evita el desgaste de la excesiva cercanía.

Existe, además, un lenguaje amistoso que se encuentra entrelazado a la conversación y que no requiere precisamente de palabras para ser expresado. Se trata de un lenguaje compuesto por aquellos gestos, que en su práctica cotidiana sostienen a la amistad y que develan la complicidad de sus habitantes. Gestos que condensan en sí mismos toda teoría o reflexión al respecto de su ideal virtuoso. En el estrechar de manos, por ejemplo, se resguarda el reconocimiento de la amistad. Desde la dualidad de la cosmovisión maya, se habla de un saludo como gesto de respeto ante la presencia de quien merece pertenecer a la comunidad fundada en la amistad. Estrechar las manos de tal forma que nuestros dedos den forma a la espiral de un caracol, simboliza el *In lak'ech, hala ken*, que en su traducción más literal ha de significar «yo soy tú, como tú eres otro yo». Aunque existe una polémica al respecto de la autenticidad de su origen y el uso de este saludo en la comunidad maya contemporánea, algo es cierto: si existe un habla capaz de prescindir de las palabras, ha de ser el lenguaje de las manos. En ellas habitan los gestos que construyen el mundo que conocemos y son quienes dan soporte a todo aquello que buscamos preservar.

Los gestos, son la forma más tangible de una relación amistosa y en consecuencia son los ingredientes principales para cocinarle *a fuego lento*. Hacer amistad como quien cocina un banquete, es embellecer la vida. Esto es, agregar un poco de belleza a la estética del vivir mediante la expresión viva de sus formas. Cocinadas a fuego lento, las formas de la amistad pueden nutrirnos tanto como una sopa y reconfortarnos lo mismo que una bebida caliente en días de invierno. Virtud a ello, la belleza en la comprensión de la vida no está sólo en degustar un buen platillo servido a la mesa, sino también al saber que éste es el resultado de un proceso paulatino de elaboración. Antes bien, participar en dicho proceso nos hará comprender que todo lleva su tiempo de cocción, que nuestro estado de ánimo influye en el transcurso de la vida y que en algún momento no habrá más que dejar al fuego hacer su trabajo.

La metáfora del cocinar, nos permite hablar del movimiento creativo en los gestos de la amistad: a partir de la mezcla de ingredientes y una pizca de intuición, se

origina la materialización de la amistad, cuyo resultado es más que las instrucciones del recetario. A saber, en la cocina puede hablarse de sazón para nombrar aquello que habita entre los ingredientes y las manos del cocinero y que es determinante para el sabor de lo guisado. En la amistad, el profundo conocimiento entre sus integrantes y el mutuo respeto a su alteridad permitirán que su movimiento dance al ritmo de la reciprocidad y la conversación, sal y pimienta para su armonía.

3. La política

El punto de encuentro de las paralelas es el infinito

Simone Weil

La amistad no reclama identidad, va más allá: es formadora de un espacio en común, donde cada quien encuentra la realización de su propio deseo en la polifonía de la conversación y en la expresión compartida de sus múltiples gestos. Diálogo que favorece el ejercicio de la reciprocidad como mediadora en toda relación amistosa. Importa decir, entonces, que la amistad es un camino que conduce a una libertad compartida y que asumir su responsabilidad dará origen a su práctica política como reguladora de un espacio en común, pero ¿qué significa politizar a la amistad?

A finales de la década de los sesentas, **Carol Hanisch** (1969) escribe un ensayo en defensa de quienes la señalaron por discutir problemas de índole personal en la esfera pública. Más allá de su clara repercusión en el movimiento feminista de su época, este antecedente histórico nos permite pensar lo *personal* de la amistad en su acontecer *político*, por tres razones principalmente: 1) nada que en su práctica tenga una repercusión en el espacio público puede eximirse de la política, ya que todo vínculo supone una relación de poder, más no necesariamente de dominación; 2) todo conocimiento tiene una afinidad directa con el poder, ignorar su relación representaría un grave error de ingenuidad; 3) en consecuencia, el discurso político ayuda a problematizar la realidad de la amistad y alienta su

espíritu crítico, rompiendo con aquellas prácticas que al darse por sentadas esconden tras de sí verdaderos peligros para la sana vivencia de la amistad.

En este sentido, es primordial decir que la política de la amistad se funda en la generosidad. En el dar(se) al otro se encuentra, quizá, el misterio más grande de su existencia. La generosidad en reciprocidad desarticula toda lógica mezquina e impositiva, vicios de lo político. No hay ley o decreto que la haga funcionar. Su presencia en la amistad resulta paradójica; al igual que la generosidad, el mínimo reclamo que demande su existencia hará que se evapore, mientras que su desequilibrio o ausencia pesará a tal punto que continuar sin ella será insostenible. La amistad no opera mediante el intercambio de servicios, sin embargo, es idealista asumir que los gestos amistosos deben carecer de un interés personal. Si bien la generosidad está fundada en la bondad de la entrega, su vivencia no nos priva del placer de la trascendencia y tampoco de esperar ser hospedados en la proximidad del *nosotros*. En la generosidad se resguarda el modo de vincularse con la alteridad. Frente a lo otro, el camino es la apertura: al romper con lo propio, el yo se disuelve en lo compartido. La lógica política se entrelaza a la amistad en el acuerdo de alianzas encaminadas a una libertad mayor. Libertad, que sólo es posible en el acompañamiento. Somos con los otros.

Anterior a esta libertad, de acuerdo al pensamiento de **Emmanuel Levinas**, está la responsabilidad ante la presencia de la alteridad. La diferencia demanda mi atención. Para Levinas, este encuentro cara a cara corresponde a una cuestión ética como filosofía del cuidado ante la vulnerabilidad del otro y, a su vez, como medio de vinculación con nuestra propia vulnerabilidad. Así lo expresa **Patricia Corres Ayala** en su estudio sobre la alteridad y la política en el pensamiento del filósofo judío:

«Solamente un yo que es vulnerable puede amar al prójimo. La amistad también es una relación donde se demuestra la insaciabilidad del amor. Al darle la mano al amigo, surge lo inexplicable y lo interminable de la amistad, que es un deseo, un vínculo en el cual le decimos al otro: “Aquí estoy”, pero como alguien diferente a él, en la distancia y la proximidad, en la positividad

de la compañía y en la negatividad de la ausencia, de lo no expresable»
(Corres Ayala, P., 2015, p. 54).

Para Levinas, toda relación social es un vínculo ético. Sólo a partir de asumir nuestra responsabilidad frente a la frágil presencia del amigo, podrá pensarse a la amistad como un proyecto en social acuerdo que se encamine a la conformación de un espacio realmente político, esto es, un espacio en favor del bien común. Si en el afecto de la amistad se ignora tal cuidado, su esencia se pervertirá, estructurando una instancia de poder para el beneficio o perjuicio unilateral de sus participantes. En el ejercicio constante de una ética como filosofía primera, radica la posibilidad de trascender la tentación de la vanidad y del egoísmo. En su lugar, se da apertura a la proximidad y a la concepción de una libertad como gesto de amor recíproco:

«(...) hay que partir de amigo-amante y no del amigo-amado para pensar la amistad. Este orden es irreversible» (Derrida, J., 1998, p.26).

En este sentido, el ideal de la amistad nos encamina hacia su experiencia virtuosa, porque el peligro de su idealización es caer en el espejismo de los ídolos, figuras anquilosadas e inmóviles que *deforman* su vivencia. Alentar, por ejemplo, la idea romantizada del *mejor amigo* es un error. Desde la alteridad, la amistad no tiene espacio para jerarquías ni comparaciones. La semejanza en la amistad, dirá **Derrida**, se reconstruye todo el tiempo. Nada en ella es estático. Si hoy la frecuencia y coincidencia me permite empatizar más con un amigo que con otro, no es un elemento relevante para la amistad en su totalidad.

Así, en la amistad no hay lugar para la competencia ni para los juegos que atenta el poder desde su cúpula. La “amistad” de la esfera política contemporánea no es en nada comparable con el ideal griego de la amistad como virtud y principio político. La rivalidad en la amistad, desgasta el sentimiento filantrópico y aniquila la indispensable alteridad, cegándonos con ansias de dominación y enfermándonos de poder. ¿Qué justicia puede haber cuando mi relación con el otro consiste en su opresión? ¿Hay lugar para la amistad en una sociedad que privilegia la rivalidad? Para el filósofo jurídico alemán **Carl Schmitt**, la amistad sólo tiene sentido a partir

de su relación con la figura del Estado. Su sentido es concreto y existencial, carente de símbolos y metáforas. En otras palabras, es una relación de mezquindad y utilitarismo. Felizmente no es así. La amistad navega por mares de mayor hondura. El enigma ante la presencia del amigo jamás será resuelto. La amistad es una comunidad originada en el encuentro pero cuya fuerza vital se ha de alimentar del conflicto permanente de sus desencuentros. En la resolución de la tensión se premia la imposición de voluntades que atrofian su movimiento. Pertener a la amistad significa aceptar el enigma irresoluble de su alteridad. Sin embargo, ¿a qué responde el coincidir en el mismo barco, cuando la inmensidad de la vida es equiparable a la magnitud y profundidad del mar?:

«The stars we are given. The constellations we make. That is to say, stars exist in the cosmos, but constellations are the imaginary lines we draw between them, the readings we give the sky, the stories we tell» (Solnit, R., 2007, p165.).

Compartir embarcación nos exige contar una historia disociada de los vicios del poder y el ejercicio de la dominación. En la amistad política habita la posibilidad, siempre latente, de relacionarnos mediante el afecto y la ternura. En este sentido, pensar *otros mundos posibles* es una realidad y no sólo una utopía. Mediante una ética vigilante de la condición humana, será posible la integración del discurso en pro de la nobleza del ser y su materialización en lo cotidiano.

*

Si hasta el momento se ha escrito de la amistad en femenino y de los amigos en masculino, no responde a una falta discursiva de inclusión de género. El motivo se expone claramente: la amistad, en tanto ideal de virtud, es reconocida con características socialmente atribuidas a lo femenino. En cambio, el ser amigo se ha fomentado políticamente desde lo masculino: la competencia, la traición, el utilitarismo y la banalización del ideal, responde a un sistema que menosprecia el valor dialógico, la escucha, el cuidado y la expresión de los afectos en lo cotidiano. Amistad y amigo se entrelazaran en el discurso de este ensayo sin excluir la multiplicidad de sus realidades.

4. La gratitud

*¿Dónde la palabra justa
ésa
que separa el mar del grano de sal?*

Mariana Bernárdez

A decir de la reciprocidad, para **Emmanuel Levinas** la generosidad es un acto de ida sin regreso al origen. Su presencia ha de marcar la indispensable asimetría entre el que da y el que recibe. El dar(se) en la amistad es una muestra de amor sin condición de retorno. En este sentido, la gratitud en la amistad no es una forma de compensación o retribución de una deuda. La economía de mercado no opera donde no hay nada con qué lucrar. En cambio, el agradecimiento en la amistad, es una actitud de profundo reconocimiento a la bondad del amigo. La gratitud es una acción vital, que impulsa la generosidad y da apertura a la trascendencia.

Hace algunos años, **Leonard Cohen**, en la hondura de la sinceridad, agradeció la hospitalidad de un lenguaje extranjero. En su discurso al recibir el *Premio Príncipe de Asturias*, en octubre de 2011, el poeta canadiense ofreció su gratitud a Federico García Lorca por animarlo a encontrar su propia voz mediante la lectura de su poesía; al tiempo que retribuyó el mérito a su primer maestro de guitarra, un migrante español de quien aprendió los seis acordes de flamenco sobre los cuales cimentó toda su obra poética y musical. Con una voz propia y con la habilidad para tocar un instrumento, Leonard Cohen expresó sus pasos en «los estrictos límites de la dignidad y la belleza» (Cohen, L., 2018, p. 284); cada poema escrito o cada pieza musical compuesta fue una afirmación de la vida y un reconocimiento a los encuentros decisivos en su transitar por la misma.

Ser agradecidos, nos prepara para recibir de brazos abiertos a la felicidad, al tiempo que nos fortalece en las inevitables penurias del existir. La celebración de la gratitud en la amistad apela al pulso del propio corazón y a la sensibilidad para distinguir «lo negro del blanco / y en el alto cielo su fondo estrellado», como a bien cantara **Violeta Parra** al final de sus días. Integrar la gratitud a las formas de la amistad, permite que nuestra visión del mundo adquiera mayor amplitud. Entonces, sabremos que aun en el desierto la vida es capaz de florecer.

5. El amor

*Un cronopio es una flor,
dos son un jardín*

Julio Cortázar

Toda amistad es un estado de amor. Para **Simone Weil** la amistad es un reflejo del amor divino y, de alguna manera, una especie de milagro en la tierra. Debido a su aspiración al Bien, aristotélico y divino, la amistad es una armonía donde se entrelazan la *necesidad* de la presencia y el deseo de *libertad*, para sí y para sus participantes. La amistad es el milagro vivo de la armonía, experiencia indiscutible de lo divino:

«Así como todo o casi todo ser humano está ligado a otros por vínculos de afecto que poseen en algún grado la necesidad, no es posible lograr la perfección a no ser que se transforme el afecto en amistad. La amistad es algo universal. Consiste en amar a un ser humano como se querría amar a toda la humanidad» (Weil, S., 2022, p. 73).

La universalidad de este amor, en el pensamiento filosófico-religioso de Weil, hace referencia a la magnitud del mandamiento cristiano de amarse los unos a los otros como un acto de unión y, al mismo tiempo, de sana distancia. Aparente contradicción que se entiende en función de la no-concupiscencia, idea desarrollada por **Emmanuel Levinas**, que consiste en no mezclar el deseo sexual con el afecto de la amistad; a razón de la voracidad y el ensimismamiento, características propias de la atracción sexual. Sólo en su privación o *castidad*, el amor amistoso logrará expandirse en auténtica libertad. Así, desde **Platón** y **Aristóteles**, los griegos hicieron la distinción entre el amor fundado en el deseo sexual, al que llamaron *eros*, y aquel que se origina en la benevolencia del acto, al que conceptualizaron como *philia*. Este principio adoptado por la cultura occidental, no responde a una cuestión moralista pero sí a su lógica afectiva: 1) la amistad, en todas sus formas, es deficiente para responder a la intensidad de la pasión y 2) el amor en la amistad va más allá del inmediato placer corporal. Involucrarse sexualmente transgrede el límite de la cercanía y desdibuja la

frontera de la alteridad. Asumir esta transgresión, en beneficio de la conservación de la amistad, quizá sea posible, pero implica mayor honestidad y responsabilidad afectiva. De no ser así, sentimientos como la culpa o la crueldad se alojarán en sus formas, disminuyendo su vitalidad.

A diferencia de los límites anteriores, el amor romántico es una frontera interna en la amistad. Para **Séneca**, la amistad se encuentra por encima de este vínculo de amor porque en toda experiencia amistosa el amor se hace presente, hecho que no ocurre necesariamente a la inversa. De igual forma, **Nietzsche** desprestigia el amor que sólo se fundamenta en la codicia, el deseo de posesión y la superficialidad de lo novedoso, cuestionando su manifestación a partir del egoísmo y la vanidad. Sin embargo, el filósofo alemán del *Super Hombre*, también plantea la aparición milagrosa de un nuevo deseo cuyo «verdadero nombre es amistad» (Nietzsche, F., 2001, p. 109). A saber, un deseo cimentado en la sed común que ha de saciarse en honor de un ideal superior.

El discurso del amor es complejo. Incluso puede ser visto como una ironía, si se está inmerso en la atrocidad de una sociedad cada vez más violenta. Surge entonces la pregunta: ¿Qué lugar ocupa el amor frente a la hostilidad del mundo? El amor es, por principio, un sentimiento y un acto; una defensa de la potencialidad del ser humano para construir un futuro en compañía. Somos, pero hay que (re)aprender el sentido de vivir en comunidad. El amor emerge del encuentro y del mar de posibilidades que le dan sentido. Ponerlo en práctica, aun en las condiciones más adversas, representa su trascendencia y una esperanza para la existencia de la humanidad. Sin la vivencia del amor, a la amistad le será imposible florecer en la dignidad de la condición humana.

Ante todo, hay que aprender a amar. Y en este camino, la ternura, como «fuerza propia del corazón» (Boff, L., 2015, p. 66), ha de jugar un papel fundamental. A finales de los años noventa, en el contexto bélico que envolvía a Perú, surge la *Pedagogía de la Ternura*. Heredera de la Teología de la Liberación y de la educación popular, el quehacer principal de este movimiento sociopolítico es trabajar en beneficio de la educación, desde la experiencia afectiva de la cercanía

y en contrapeso al contexto violento y castrante que caracteriza el entorno educativo en Latinoamérica. Educar desde la *ternura* es un acto de valentía. La ternura fortalece la voluntad que nos vincula al prójimo en un acto de amor universal. Nadie que experimente ser amado y, en reciprocidad, sea capaz de colocar su afecto en alguien más, podrá negar la capacidad creadora y transformadora del amor.

En su *Ensayo sobre la Pedagogía de la Ternura*, **Alejandro Cussiánovich** (2010) señala la cualidad femenina de la ternura y su consecuente distanciamiento con la construcción social de la masculinidad. Desde la civilización de los afectos, la ternura es vista como signo de debilidad. No es así. Nada hay de frágil en la fuerza de la belleza que no se doblega ante el anacrónico poder. La expresión de la ternura en la amistad no es patrimonio de ningún género en particular. En este sentido, su ejercicio nos permite derribar el tabú de la amistad *genérica* entre hombres y mujeres. Al vincularnos desde la amistad, las diferencias de sexo y género no presagian su imposibilidad. Si la ternura se origina en la con-cordia de la alteridad, la amistad ha de nutrirse de la diversidad y del encuentro entre el universo femenino y masculino:

Un gesto de ternura podría salvar al mundo
pero el hombre jamás bajó los parpados
a ese pozo de luz.

(Ochoa, E., 2008, p. 60)

La cercanía física y espiritual de la ternura, da lugar a la caricia como gesto de reconocimiento. A su vez, el acto de acariciar representa una forma de movernos en lo próximo sin cometer el crimen de engullirlo como propio. Mediante esta cadencia, recorreremos un mundo que nos resulta siempre ajeno. La caricia, desde la ternura, no excluye la expresión de la sexualidad y el placer de los sentidos, sin embargo, no es el motor principal para su accionar, como bien lo escribe el teólogo franciscano **Leonardo Boff** en sus reflexiones sobre el afecto y el amor:

«La caricia toca lo profundo del ser humano. (...) Así como la ternura, la caricia exige total altruismo, respeto por el otro y renuncia a cualquier otra

intención que no sea la de la experiencia de querer bien y de amar. No es el rozar de pieles, sino una inversión de cariño y de amor a través de la mano y de la piel que es nuestro yo concreto. El afecto no existe sin la caricia, la ternura y el cuidado» (Boff, L., 2015, pp. 67-68).

El amor deja huella en lo corporal. No es posible pensar a la amistad sin la expresión física del afecto. El abrazo, por ejemplo, es un gesto de ternura en la amistad, para quienes a través de su amor se expresan cercanía y acompañamiento. El abrazo tiene la capacidad de fracturar todo distanciamiento físico y, al rompernos en su proximidad, tiene el don de restaurar la más distante compañía anímica. Más allá del contacto piel a piel, también podemos incluir a la mirada dentro de los lenguajes del amor y la ternura. El encuentro cómplice entre miradas detona la creación de múltiples universos compartidos. No subestimemos el poder de las ventanas del alma.

La expresión amorosa de la amistad responde a una fuente de creatividad que nos conecta con lo infinito. Esto no quiere decir que el amor sea garantía de eternidad en la amistad. Las amistades terminan, como decae la vida. No obstante, en nombre del amor, la amistad se recrea un futuro para el rumbo de su propio corazón palpitante:

«Pero el amor, en todo su peso, con toda la carga de responsabilidad y de creatividad que significa, es algo por lo que hay que vivir. Pues lo que se queda es la experiencia de haber amado, la cual no se olvida, sino que regresa a nosotros aun cuando la persona que nos haya inspirado ya no esté junto a nosotros. Y esto es posible porque el amor es un estado, no solamente un sentimiento, y en él recreamos los instantes tristes y felices por los que pasamos, que se instalaron en nosotros, que nos han convertido en lo que somos» (Corres Ayala, P., 2014, p.36).

En este sentido, también es posible la coincidencia entre el amor romántico y la amistad. De encontrarse en esta situación, debo decirlo, se está inmerso en el paraíso. Deseo sexual y benevolencia se entrelazan y la felicidad no sólo consiste en la existencia de la personificación del deseo sino también en el procurar de su

bienestar. En la fortuna de la coincidencia, se tiene la oportunidad de intensificar el sentimiento de la amistad mediante el juego de la pasión, al tiempo que el desgaste del vínculo amoroso será reparado por el fortalecimiento de la hospitalidad amistosa. El amor romántico cederá en la resolución inmediata de su deseo y trascenderá su egoísmo a partir de la búsqueda del bienestar común.

Amar el nombre de la amistad es darle sentido a su existencia. El amor nos vincula a la vida y cualquier acto en su contra será devastador para su práctica. En nombre del afecto y el cariño se han marchitado muchas vidas. El amor por sí solo, no basta. El amor es un límite, incluso para el ejercicio mismo del amor. Es necesario aprender a amar y la amistad es el lugar ideal para experimentar su plenitud. Habitando el espacio de la amistad, podremos expresar el amor desde la fortaleza de su confianza, teniendo una visión de un futuro compartido. Pertenecer a la amistad y al amor nos da horizonte. Al tener horizonte, hay visión para un destino, sí, en compañía.

6. La soledad

*Nos salvamos juntos
o nos hundimos separados*

Juan Rulfo

No estamos del todo solos, es cierto. Y, sin embargo, la soledad existe. La amistad es un camino en compañía que conduce a ciertos momentos de soledad. En el pensamiento de **Emmanuel Levinas**, la soledad es evidencia del ser y su existencia. Nada podemos hacer para evitarla. La soledad es la condición del origen y fin de una vida. Y en su transitar, el enigma de la alteridad nos confronta con ella. En soledad, afirmo mi libertad y autosuficiencia; pero también sé del abandono y la desolación en el silencio enmudecido.

La soledad revela un doble transitar: ir por una vía cuyo destino sea la soberbia del ermitaño, encerrado en sí mismo o en su lugar, elegir un camino que nos guie hacia un nuevo sentido de comunidad fundado en la amistad. Cualquiera que sea el rumbo, la soledad conlleva aislamiento y algo de sufrimiento; motivo por el cual

nos aterroriza su experiencia. Aun así, evadirla es un grave error. La soledad también es una puerta a la sabiduría del buen vivir. Para los estoicos, es una bendición disfrazada, un tiempo cuya travesía es indispensable para el fortalecimiento del carácter personal. De acuerdo a **Séneca**, la reclusión voluntaria es indispensable para acceder al conocimiento de sí mismo. Únicamente en comunión con nuestro interior, la soledad representa un refugio al ruido exterior y un camino hacia la profundidad del ser. Entendida así, la soledad da cabida incluso a la amistad con nuestra propia alteridad. Habrá que mirar-se en soledad para saber mirar a quien en su soledad nos acompaña.

Sea entonces el sentido de la soledad el extender la mano a la compañía del amigo. En el pretil mismo de la soledad, surge el espacio donde conoceremos la sutil comunión de la amistad:

Así sólo en el momento de pasar por la más extrema soledad, empezamos a sentir la fascinante presencia de una evanescente y extraña compañía (Villoro, L., 2016, p.36).

La amistad es una interrupción a la soledad en la travesía por el desierto y un reconocimiento al triunfo de su autonomía. Cuando se habita la amistad, dejamos de pertenecernos del todo. En su lugar, surge la fidelidad como acto de completa libertad y compromiso para con el vínculo de comunión. Así lo dicta la sabiduría de un proverbio africano: «Si quieres ir rápido ve solo, si quieres llegar lejos ve acompañado». Cualquiera que sea el destino, valdrá llegar acompañado.

7. La voluntad

*Entre morir o matar
prefiero, amor, amar*

Luis Eduardo Aute

La amistad es una acción de la voluntad humana. Hasta el día de hoy, no se le atribuye a nuestra libertad la elección de nacer en una determinada familia o el compartir un lazo sanguíneo, incluso con una persona que resulta incompatible a

nuestra forma de ser y pensar. En cambio, a lo largo de este ensayo se ha escrito sobre los motivos por los cuales elegimos pertenecer a la amistad y, aún más valioso, se ha dado cuenta del impulso vital que nos hace mantenernos en el cuidado de su hospitalidad.

Para **Schopenhauer**, de acuerdo al análisis de **Patricia Corres Ayala**, la voluntad se manifiesta a través de los actos. Cada acción nos acerca más a la realización de nuestro deseo. En su obra, *El mundo como voluntad y representación*, el filósofo alemán afirma que este deseo es la fuente de vitalidad que nos impulsa a actuar. Contraria a la idea kantiana que prioriza el uso de la razón para interactuar con el mundo sensible, la voluntad en Schopenhauer es la energía principal que adquiere corporalidad en cada átomo que conforma nuestro universo. Dicha energía, además, no es exclusiva de los seres humanos y antecede incluso al uso de la razón. En efecto, para Schopenhauer, la energía de la voluntad es un impulso que de primera instancia no es regulado por la capacidad de análisis reflexivo. Aquí radica su fuerza vital y, al mismo tiempo, su potencialidad destructiva. Será a través de la ética y su propuesta de la compasión, donde la voluntad encausará el camino hacia la trascendencia del egoísmo instintivo:

«Solamente la compasión nos puede salvar de hacer el mal ya que, al tener el impulso de actuar en contra del otro, podemos pensar que si ocupáramos su lugar estaríamos sufriendo y eso nos detendría a causarle daño. La compasión también nos lleva a hacer el bien al otro, no solamente a evitarle la experiencia de dolor» (Corres Ayala, P., 2018, p. 45).

La compasión, en la filosofía de Schopenhauer, es una respuesta a la hostilidad del mundo y consiste en renunciar a la imposición de la voluntad propia en relación a la voluntad ajena. Este acto de contención está fundamentado en la comprensión de un lugar común, ante el sufrimiento que conlleva la insatisfacción constante de la voluntad-querer. Imponer mi voluntad es un absurdo porque ni así se encontrará la satisfacción completa en la resolución del deseo. Más tarde, **Nietzsche** cuestionará esta idea por su similitud con la compasión judeocristiana. En ambas concepciones, de acuerdo al también filósofo alemán, al negar la propia

voluntad se suprime también la vida misma. Sin embargo, pensando en una ética de la amistad, la compasión de Schopenhauer encuentra un lugar necesario. Al inicio del vínculo afectivo, la compasión transforma la energía vital en actos llenos de bondad. Al término de ella, el ejercicio de la compasión nos evitará instalarnos en la crueldad y sus matices. En referencia a la amistad, en un breve ensayo sobre el tema, **Francesc Torralba** reconoce esta importancia:

La amistad es un vínculo libre; no está determinada por el tiempo, las circunstancias y la historia de las personas. Nadie puede lamentarse de los amigos que tiene, puesto que quejarse es lógico si no hay otra alternativa, cuando la necesidad impone sus reglas; pero la amistad no es la necesidad. Hay que tener el atrevimiento de hacer amigos, pero también la audacia de saber poner punto final a una relación (Torralba, F., 2010, p. 101).

La voluntad de la amistad es una expresión de la libertad y como tal una energía a la que le antecede una ética como principio regulador. Sin la ética como mediadora, el querer como voluntad puede mal encausarse y, en consecuencia, propiciar el fin de la relación amistosa. Es importante hacer énfasis en la coexistencia de nuestra capacidad de ser compasivos y generosos, y el potencial de hacer daño y encontrar placer en ello. Elegir la amistad por encima de la discordia es un gesto de valía incalculable. Sin ánimos de exagerar, difícilmente podremos imaginar el alcance de la insobornable voluntad al elegir velar por el bienestar de la amistad.

8. El perdón

*Perdonadme, guerras lejanas,
por traer flores a casa*

Wisława Szymborska

Etimológicamente, perdonar proviene del latín *perdonare* y literalmente significa «dar por completo»; haciendo referencia al olvido de una falta o la condonación de una deuda en su totalidad. Siendo así, el perdón nos posiciona en una relación

vertical de poder, entre el suplicante y el ofendido: ¿A qué refiere lo perdonable? ¿Es posible dar un lugar al perdón en la reflexión de la amistad?

Para **Jacques Derrida**, el perdón sólo perdona lo imperdonable. Es decir, si el perdón consistiera sólo en olvidar una falta cuya gravedad sea en sí misma perdonable, no estaríamos hablando propiamente de perdón. El perdonar sólo tiene lugar en aquello que alguna vez se pensó como un límite impenetrable. En este sentido, si su posibilidad recae en su imposibilidad, el perdón es un límite para la amistad cuya frontera es necesariamente permeable.

Lo cierto es que en la amistad, el perdón no restaura en su totalidad la falta. El perdón es el inicio de un camino. Su presencia otorga una especie de cura a la ofensa que ha de ir sanando poco a poco, en medida de la reestructuración de la convivencia. En este sentido, el perdón intenta recuperar el ritmo de la relación tras la interrupción del daño causado. Sin embargo, cabe también la posibilidad que aún después de haber ofrecido el perdón, la relación de amistad se torne irreparable. De ser así, el perdón sólo hará camino al interior de cada amigo, sanando la herida pero sin la posibilidad de reanudar la amistad.

Antes bien, si el perdón es un acto de justicia ¿Quién es su juez o verdugo? ¿Se está obligado a perdonar? ¿Qué es lo que se perdona: se perdona la falta o se perdona a quien cometió la ofensa? Nuevamente, el ejercicio de la ética da lugar a las posibles respuestas.

Inmersos en la amistad, no hay juez ni verdugo que nos obligue a perdonar. El perdón es un *don* y, como tal, la dádiva recae en quién ofrece el perdón y no en quién lo solicita. Es más, puede darse la situación donde el perdón se otorgue sin acaso ser solicitado. Esta dinámica vertical donde el ofendido tiene una posición dispar a quien cometió la falta, interfiere con la horizontalidad propia de la amistad. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que el perjuicio al sentimiento de la amistad pondrá en *jaque* su dinámica. Regresar o no a su estado de plenitud, es una acción de la voluntad vigilada por la ética.

Al perdonarse la falta, se hace entrega nuevamente de la confianza. En el perdonar se resguarda el acto de liberar al otro de la responsabilidad del propio bienestar emocional. Una vez otorgado el perdón, no hay espacio para el resentimiento ni la culpa. De ser así, la amistad continuará debilitándose.

En su libro *Relatividad del mal* (2018), **Patricia Corres Ayala** reflexiona sobre la diferencia entre el *perdón* y la *disculpa*. Para la psicóloga y filósofa, «el perdón se otorga, la disculpa se ofrece» (Corres Ayala, P., 2018, p. 137), pero ¿qué es más difícil: perdonar o pedir ser perdonado? Alejándonos del vicio de comparar tragedias, queda claro que la acción restauradora de la armonía en la amistad responde nuevamente a la compasión y a la reciprocidad de esta acción:

Respecto al perdón, se puede pensar que si se tiene piedad por los crueles, esto significa ser crueles con los inocentes; es decir, al perdonar al cruel, estamos cometiendo injusticia con la víctima. (...) Pero también está la otra cara de la moneda: si no perdonamos, entonces volvemos al sistema de venganza en el que no hay reglas –ni morales ni legales– que unifiquen las sentencias y consideren a todas las partes involucradas. Si devolvemos mal por mal, no se puede construir un mundo sin violencia, estamos repitiendo el círculo de la maldad (Corres Ayala, P., 2018, p. 137).

Dar lugar al perdón en la amistad impide que la maldad se instale en el bien de su virtud. Al mismo tiempo nos permite hablar del peso y presencia de lo perdonable. En nuestros días, el *perdón* es una palabra de uso indistinto en el flujo de lo cotidiano; pedimos *perdón* por llegar tarde a una cita o después de tropezar con alguien por accidente. Pero, el perdón como límite en la amistad, hace referencia al acto generoso encaminado a reintegrar su bienestar, pese a la falta y al daño causado. Sin embargo, ¿cuáles son los límites del perdón? **Hanna Arendt** es contundente en la respuesta: sólo se perdona a quien reconoce el mal que ha causado y, en plena conciencia, se arrepiente de ello.

La filósofa, cuyo pensamiento da cuenta de la atrocidad de la Segunda Guerra Mundial, llega a esta determinación tras su polémica participación en el juicio contra Adolf Eichmann. Contrario a lo esperado, Hanna Arendt sorprende al no

condenar la participación del *teniente coronel* de la SS (Schutzstaffe) en el genocidio de los judíos. Su postura no justifica o avala el crimen del régimen de Hitler. Muy por el contrario, a partir de las declaraciones del ex-militar nazi, Hanna Arendt reflexiona sobre la condición humana y la banalidad del mal. Otorgar perdón, aún en la barbarie de la guerra, es optar por la restauración del pasado en una acción presente cuya promesa nos encamina a un futuro distinto:

perdonar es la única reacción que no re-actúa simplemente, sino que actúa de nuevo y de forma inesperada, no condicionada por el acto que la provocó y por lo tanto libre de sus consecuencias, lo mismo quien perdona que aquel que es perdonado. La libertad contenida en la doctrina de Jesús sobre el perdón es liberarse de la venganza (Arendt, H., 2009, p. 260).

El perdón devuelve el voto de confianza en la vida, permitiéndonos aceptar al amigo en el enigma de su totalidad. Con ello, somos conscientes del posible daño que nos puede causar al permanecer en su cercanía. Sin embargo, en un gesto de libertad, decidimos ligarnos a la promesa de un futuro en su compañía.

EL SENTIDO DE LA AMISTAD

*¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón*

Fito Páez

Si la amistad es un barco: ¿Hacia qué rumbo navegamos?

No obstante se aprende a caminar durante los primeros meses de vida; es años después que todo encuentra sentido al comprender que si se camina es únicamente para ir acompañado. Después de todo, si de andar por esta vida se trata, poco importa si se va o se vuelve, si se sube o se baja, si mucho se camina sentado o poco se avanza caminando. Poco importa, mientras los pasos sean firmes y el andar sea digno de estar en compañía. El andarse juntos es el camino

de la resistencia frente al egoísmo y la banalidad de nuestros días. Sólo en la plenitud de la amistad, la humanidad encontrará rumbo a sus pasos.

Cuidado, que estar en compañía no significa estar inmerso en el bullicio. El sentido de la amistad no hace referencia a la cantidad de amigos que se *presuma* tener, sino a los instantes que perduran y nos hacen trascender en virtud de su compañía. En una entrevista realizada en 1977 para la *Radiotelevisión Española*, Julio Cortázar confiesa que el número de sus amigos es limitado. El cronopio mayor está en lo cierto, la suma de los amigos sólo importa en relación al cuidado que se les puede ofrecer y, en honor a la sensatez, serán contados.

En todo caso, el sentido de la amistad recae en la capacidad de albergar al amigo. Aquellos que están en la morada de la amistad, disfrutan de la hospitalidad de un espacio de completa libertad y de mutua responsabilidad. Sin embargo, la hospitalidad también nos demanda atención y cuidado a partir de colocarnos en un dilema ético. Si la hospitalidad, en general, consiste en compartir lo propio con el extraño; la situación social de la migración y el trato inhumano que le damos a los migrantes cuestiona el núcleo de la generosidad y la hospitalidad. Esto responde a la intolerancia de lo distinto y a la negativa de renunciar a mi propia comodidad en beneficio del confort y atención del otro. En la amistad, la hospitalidad es un oxímoron: uno es huésped porque es capaz de brindar hospedaje y viceversa. Aquí no hay posición ventajosa. La hospitalidad es una posición política inherente a la amistad y, a su vez, es flecha que guía su rumbo.

El destino de la amistad es incierto, como lo ha sido desde sus inicios. La forma de la espiral es la estructura que mejor se adapta a su movimiento y a su temporalidad. En ella convergen sus límites, aparecen sus gestos, trasciende su presencia y habita la posibilidad de profundizar en la vida.

La espiral aquí planteada (Anexo 3) muestra la convergencia narrativa de sus formas, estructuradas a través de las palabras y los silencios que le dan presencia en la vida cotidiana. La amistad es una promesa de embellecer la vida a partir de la cordialidad, es decir, en resonancia con el ritmo de un par de corazones palpitantes. La cordialidad en la amistad consiste en escuchar y sentir el ritmo del

corazón-amigo y ser guardián de sus secretos. Sólo así, la amistad será una comunidad de destino fundada en la belleza del bien vivir.

La belleza de la vida no consiste en eliminar la “fealdad” del mundo. La dicotomía belleza-fealdad corresponde a una cuestión cosmética. La amistad embellece la vida porque nos permite profundizar en su sentido. Alejándonos del utilitarismo emocional, la amistad es la promesa cumplida de florecer en el desierto. La belleza nos amplía la mirada. Sea en la penumbra o en el momento justo del destello, la alianza de la belleza con la vida evita la ceguera frente al mundo que nos rodea. Afirmarse en la sensibilidad de la vida es preciso. Al saber de la profundidad de lo inadvertido y detenerse a conciencia de que lo observado es más que la superficie, la amistad nos encuentra.

TIEMPO VIVIDO

- Tomás de Aquino
- Weil
- Cosmovisión prehispánica

- Levinas
- Nietzsche
- Derrida
- Corres Ayala

ANEXO 3

Presencia de lo divino

Alteridad

Humanidad

PERDÓN

- Corres Ayala
- Nietzsche
- Arendt

Amor

- De Aquino
- Tournier
- Novo

Unión

VOLUNTAD

- Montaigne

Palabra-Silencio

- Simmel
- Gadamer
- Derrida

Acuerdo de voluntades

SOLEDAD

- Aristóteles
- Epicuro
- Cicerón

Solidaridad-Lealtad

- Arendt
- Lessing

AMOR

Placer

GRATITUD

- Epicuro
- Cicerón

Amistad como virtud

- Sócrates
- Platón
- Aristóteles
- Epicuro
- Séneca
- Elredo de Rieval
- Kant
- Hume
- Tomás de Aquino

POLÍTICA

Amistad política

- Platón
- Aristóteles
- Epicuro
- Cicerón
- Séneca
- Derrida
- Patricia Corres

CONVERSACIÓN

RUPTURA

Mezquindad en la Amistad

- Cicerón
- Helvétius
- Schopenhauer
- Weil
- Séneca

Fertilidad de la Amistad

- Séneca
- Hanna Arendt

Amistad-Enemistad

- Nietzsche
- Empédocles
- Heráclito
- Antiguo Testamento
- Emmanuel Levinas

IV

LA PROMESA DE LA AMISTAD

*Permanezca entre vosotros la fraternidad;
no os olvidéis de la hospitalidad
pues por ella, algunos, sin saberlo,
hospedaron a ángeles.*

Hebreos 13:2

Entiéndase a la amistad como un largo camino, donde es posible afirmar que su perfección es una imposibilidad. Dicho de otro modo, en sí misma cada amistad es perfecta. La utopía de su perfección se alcanza sólo en los kilómetros de vuelo con rumbo a ella. En *El lenguaje de los pájaros* (1986), el poeta místico Farid ad Din y Attar revela su transformación en un pájaro abubilla, tras despertar de la intranquilidad de un sueño. Attar, portador de la palabra y envuelto en hermosas plumas, se sabe con una misión: reunir a cada uno de los pájaros del mundo y emprender con ellos el viaje que ha de llevarles al encuentro con el pájaro rey, de nombre *Simurg*. El poema es tan largo como la travesía de las aves. Superadas las primeras resistencias, los pájaros vuelan en compañía rumbo a la montaña de Kaf, morada de Simurg. Una vez cruzados los siete valles: El valle de la Búsqueda, El valle del Amor, El valle del Conocimiento, El valle del Desapego, El valle de la Unidad, El valle del Asombro y el valle de la Muerte; sólo treinta de ellos llegan a su encuentro. Unidos por la búsqueda, descubren al rey en su propio aleteo. Ellos son Simurg y el rey es en cada uno de ellos.

Así, la amistad es camino y destino, mar y navío, presente y promesa de un futuro en compañía: ¿Qué hace a la amistad tener tal poder de evocación? La promesa de la amistad habita en la posibilidad de pertenecer al mundo que habitamos y así vincularnos a él desde la compasión y el amor, porque al procurar nuestra pertenencia comprenderemos el lugar desde donde miramos al mundo. La amistad habita en quien le habita. La amistad es testimonio de un saber por añadidura y su práctica en el andar de todos los días es promesa de comunión y reconstrucción del tejido que da soporte a la sociedad.

En conclusión, para la amistad no hay conclusión y su futuro es ya nuestro presente. Desde la **psicología colectiva**, se dio testimonio de sus *formas* y del rumbo de su andar. Para la **psicología social**, queda el compromiso ineludible de profundizar en la búsqueda de una comprensión orgánica de la sociedad, a partir de sus gestos y arquitectura. Después de todo, hacer amistad es hacer comunidad y apostar por una vida en comunidad puede significar la reconstrucción del sentido de caminar en compañía.

De este modo, escribir de la amistad sólo puede ser un gesto de amabilidad cuando se establece un diálogo con el lector. Conversar es una habilidad que va más allá de informar un mensaje, externar una opinión o imponer un punto de vista. La comunicación escrita requiere de claridad en las ideas de quien la ejerce, aunado a la atenta escucha de quien ofrece su tiempo a la lectura. Sin embargo, ¿cómo hacer para que a lo escrito no lo desdibuje el más sutil soplo del viento? Un camino se ha mostrado en este ensayo: escribir como un acto recíproco. Sólo así es posible escribir para sentir la cercanía de un abrazo o escribir para ser fiel a la promesa de compañía que representa la palabra amistad.

REFERENCIAS

- Arenas-Dolz, F., (2014) *Éticas de la Amistad*.
- Arendt, H., (2009) *La condición humana*, Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- Aristóteles, (1973) *Ética Nicomaquea*, México: Porrúa.
- Bernárdez, M. (2004) *María Zambrano: acercamiento a una poética de la aurora*. México: Universidad Iberoamericana A. C.
- Bernárdez, M. (2010) *Ramón Xirau. Hacia el sentido de la presencia*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bernárdez, M. (2015) *Dolores castro: crecer entre ruinas*. México: Ediciones del lirio, Secretaria de Educación del Gobierno del Estado de México & la Universidad Autónoma Metropolitana.
- Boff, L. (2015) *Derechos del corazón. Una inteligencia cordial*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Cavafis, C. (2008) *Cavafis Material de lectura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cohen, L. (2018) *La llama*. España: Salamandra.
- Corres Ayala, P. (2011) *La psique antes del Medievo*. México: Fontamara.
- Corres Ayala, P. (2014) *Legado oculto. Recorriendo las vidas de Juana de Arco, Juana I de Castilla y Sor Juana Inés de la Cruz, de la mano de la historia, la filosofía y la psicología*. México: Fontamara.
- Corres Ayala, P. (2014) *El sexo es más que sexo*, en *El alma pública. Revista desdisciplinada de psicología social*. Año 7. Núm. 13, pp. 33-36.
- Corres Ayala, P. (2015) *Emanuel Levinas. La alteridad y la política*. México: Fontamara.
- Corres Ayala, P. (2016) *La amistad*, en *El alma pública. Revista desdisciplinada de psicología social*. Año 9. Núm. 18, pp. 85-92.
- Corres Ayala, P. (2018) *Relatividad del mal*. México: Fontamara.
- Cortázar, J. (2013) *Clases de literatura. Berkeley, 1980*. México: Alfaguara.
- De Montaigne, M. (2014) *De la amistad*. México: Taurus.

- Derrida, J. (1998) *Políticas de la amistad*. Barcelona, España: Trotta.
- Domingo Ibáñez, G. (2003) *Construcción y deconstrucción de significados colectivos y sentidos sociales*, en *Revista Internacional de Psicología Social*. Vol. 1 Núm. 2, pp. 139-144.
- Fernández Christlieb, P. (1994) *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. México: Anthropos Editorial del Hombre & Colegio de Michoacán.
- Fernández Christlieb, P. (2000) *La afectividad colectiva*. México: Taurus.
- Fernández Christlieb, P. (2001) *Introducción y notas a una psicología perdida*, en González Pérez, M. & Mendoza García, J., *Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas*, México: ITESO / CIIASO, pp. 359-389.
- Fernández Christlieb, P. (2007) *Los dos lenguajes de las dos psicologías de lo social*, en Monroy Nasr, Z. & Fernández Christlieb, P., *Lenguaje, significado y psicología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- Forster, R. (2004) *La artesanía de la sospecha: el ensayo en las ciencias sociales*, en *Sociedad*, No. 23, *Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, otoño, 2004*, pp. 31-43.
- Gadamer, H. (2002) *Acotaciones hermenéuticas*, Trotta.
- Javiedes Romero, M. (2001) *La realidad formalizada*, en González Pérez, M. & Mendoza García, J., *Significados colectivos: procesos y reflexiones teóricas*, México: ITESO / CIIASO, pp. 47-66.
- Langer, S. (1967): *Sentimiento y forma*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.
- López Díaz González, A. (2020) *Manos que leen*, en Murmurantes. Sección digital de la revista literaria Murmullo de Paloma:
<https://www.murmullodepaloma.com/revista/autores/manos-que-leen/>
- López Díaz González, A. (2021): *Carta abierta a la amistad* en *Periódico El Editoralista*. Semanario del 26 de febrero al 4 de marzo de 2021. No. 87. Año 2. Págs. 8 y 9.

- López Díaz González, A. (2021) *Aproximaciones a lo invisible*, en Murmurantes. Sección digital de la revista literaria Murmullo de Paloma: <https://www.murmullodepaloma.com/revista/ensayo/aproximaciones-a-lo-invisible/>
- López Díaz González, A. (2022) *El lenguaje de las manos*. México: Editorial Murmullo de Paloma.
- Maillard, Ch. (1992) *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*. España: Editorial Anthropos.
- Maillard, Ch. (2014) *La baba del caracol*. España: Vaso Roto Ediciones.
- Navalles Gómez, J. (2008) *Senderos teóricos para una psicología colectiva*, en *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*. Vol. 4 Núm. 1, pp. 109-143.
- Nicol, E. (1998) *El problema de la filosofía hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nietzsche, F. (2001) *La ciencia jovial*. España: Colofón.
- Nietzsche, F. (2017) *Humano demasiado humano*, en *Obras maestras. Friedrich Nietzsche*. México: Editores Mexicanos Unidos (pp. 413-607).
- Nietzsche, F. (2019) *Así habló Zaratustra*. Editorial Verbum.
- Ochoa, E. (2008) *Poesía reunida. Enriqueta Ochoa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Seligson, E. (2017) *Cuentos reunidos*. México: Malpaso Ediciones.
- Pérez Cota, F. (2015) *Monólogo en el laberinto epistemológico de la psicología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología.
- Quirarte Martínez, R. (2011) *Narrar el acontecimiento: asombros, desencantos y otras cotidianidades*, en *El alma pública. Revista desdisciplinada de psicología social*. Año 4. Núm. 7, pp. 73-86.
- Safranski, R. (2010) *El mal o el drama de la libertad*. Fábula Tusquets Editores.
- Simmel, G. (2010) *El secreto y las sociedades secretas*. Ediciones Sequitur.

- Solnit, R. (2007) *Storming the gates of paradise: landscapes for politics*. London, England: University of California Press, Ltd.
- Torralba, F. (2010) *La amistad*. España: Editorial Milenio.
- Villoro, L. (2016) *La significación del silencio y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weil, S. (2022) *La amistad*. España: Hermida Editores.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas-Dolz, F., (2014) *Éticas de la Amistad*.
- Attar, F. (1986) *El lenguaje de los pájaros*. Barcelona: Edicomunicación.
- Bernabé, A., (2008) *Fragmentos presocráticos. De Tales a Demócrito*, Madrid, España: Alianza Editorial.
- Borges, J. L. *Entretenimiento y algo más* (2008) *El amor y la amistad, según Borges*: https://www.youtube.com/watch?v=7K-Hk1gt_mk
- Cortázar, J. *AiDread* (2017) *Julio Cortázar sobre la soledad y la amistad*: <https://www.youtube.com/watch?v=5ng4zKNwUCk>
- Cussiánovich, A. (2010) *Aprender la condición humana. Ensayo sobre Pedagogía de la Ternura*. Perú: IFEJANT.
- Galeano, E. (2009) *El libro de los abrazos*. México: Siglo XXI Editores.
- Hanisch, C. (2016) *Lo personal es político*. Chile: Feministas Lúcidas.
- Márai, S. (2013) *El último encuentro*. España: Editorial Salamandra bolsillo.
- Margarit, J. (2015) *Amar es donde*. España: Editorial Visor Libros.
- Sagrada Biblia (1977) *Antiguo Testamento*. España: Biblioteca de Autores Cristianos, con censura eclesiástica.
- Subcomandante Insurgente, M. (2012) *El viejo Antonio*. México: Ediciones y Gráficos Eón S. A. de C. V.
- Tolkien, J. R. R. (2012) *El señor de los anillos. El retorno del rey*. Barcelona, España: Editorial Planeta.